

la casa



un espacio para la tradición





la casa

un espacio para la tradición

SEMINARIOS DE FOLKLORE
Y CULTURA TRADICIONAL

la casa

un espacio para la tradición

*Luis Miguel Mata ■ Carlos Piñel ■ Marciano Sánchez
Mercedes Cano ■ Juan Francisco Blanco*

■ 1997 ■

CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA
Centro de Cultura Tradicional
Serie Abierta / 16

1.^a edición: Noviembre, 1997

2.^a edición: Abril, 1998

- © Centro de Cultura Tradicional (Diputación Provincial de Salamanca)
- © *De los textos:* Luis Miguel Mata, Carlos Piñel, Marciano Sánchez, Mercedes Cano y Juan F. Blanco.
- © *De las fotos:* Luis Miguel Mata, Carlos Piñel, J. M.^a Gamazo, Marciano Sánchez, Mercedes Cano, Juan F. Blanco y Ángel Carril.

Diseño de la colección: “Creativos. Diseño Gráfico”, Luis Miguel Mata y Ángel Carril.

Realización: Luis Miguel Mata, Juan F. Blanco y Ángel Carril.

ISBN: 84-87339-51-4

Depósito legal: S. 1034-1997

Impreso en España

Europa Artes Gráficas, S.A.

Sánchez Llevot, 1 • 37005 SALAMANCA (España)

Teléf.: 923 22 22 50 • Fax: 923 22 22 61

Para información e intercambio, dirigirse a:

CENTRO DE CULTURA TRADICIONAL

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA

Plaza de Colón, 4 • 37001 SALAMANCA (España)

Teléf.: 923 29 32 55 • Fax: 923 29 32 56

*Quedan reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación podrá
ser reproducida, por ningún medio de
transmisión, sin autorización expresa
y por escrito del editor.*

presentación



9

■ *Alfonso Fdez. Mañueco*

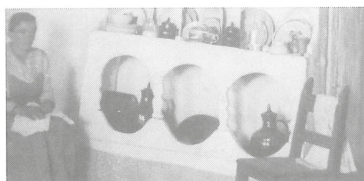
la casa tradicional
salmantina



11

■ *Luis Miguel Mata*

el mobiliario tradicional
en el mundo rural



27

■ *Carlos Piñel*

las relaciones interpersonales
en la vivienda



53

■ *Marciano Sánchez*

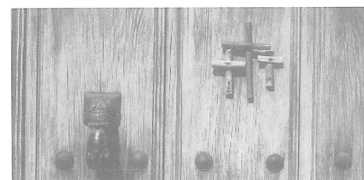
actividades en el ámbito
de la casa



65

■ *Mercedes Cano*

la espiritualidad popular
asociada a la vivienda



77

■ *Juan Francisco Blanco*

■ *Presentación* ■

Una vez mas, tornar la mirada hacia el hombre y el tiempo, desde el prisma de la tradición, nos descubre lo complejo, intenso e interrelacionado de una forma de vida, que hasta hace pocas décadas infravalorábamos, con ignorante superioridad. Porque, el saber popular es paso de riqueza cultural de nuestra actualidad como sociedad.

Ese gusto por las clasificaciones “estancos” de los hechos y las cosas, cómo si se pudieran perfilar equilibradamente los límites de la existencia o el conocimiento, es proceder obsoleto que empobrece la opción enriquecedora de perfilar nexos que, extensivamente nos prolonguen.

Estos apuntes, resultado del “I Seminario de Folklore y Cultura Tradicional” dedicado monográficamente a “La Casa”, aportan un granado universo de sugerencias que nos invitan a comprender algo que a primera –fría y profana– vista, no podríamos imaginar.

La casa es todo un mundo, mas que una estricta forma arquitectónica. Un territorio para las relaciones humanas, la creatividad, las mentalidades. Es, como oportunamente se subtituló este curso etnográfico “un espacio para la tradición” y ese es un legado vivo y dinámico que nos ayuda a comprendernos mejor.

ALFONSO FERNÁNDEZ MAÑUECO

Presidente

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SALAMANCA

▪ *Luis Miguel Mata* ▪



la casa tradicional salmantina

Barro, granito, castaño, pizarra, adobe, tapial, roble..., no constituyen tan sólo sencillos y cercanos materiales primigenios, sino que se transforman en preciados útiles de construcción popular que alcanzan, de la mano de la herencia y el buen hacer de los artesanos, el grado de obra maestra que singulariza e individualiza las distintas comarcas salmantinas.

Un medio rural rudo y prolífico condiciona su habitabilidad, provocando variados y a menudo dispares aprovechamientos socioeconómicos que trascienden en distintas tradiciones y habilidades constructivas, conformando un medio rural de una riqueza y diversidad difíciles de igualar en otros puntos de nuestra península.

Numerosas y variopintas construcciones secundarias contribuyen a completar esta perspectiva arquitectónica popular salmantina.

Luis Miguel Mata

De formación académica vinculada a la Geografía, su atención se fijó muy pronto en el entorno rural y natural salmantino. En los últimos años ha coordinado y dirigido varios proyectos de desarrollo en la comarca de Ciudad Rodrigo, poniendo especial énfasis en los recursos que ofrece el patrimonio de esta provincia, y muy especialmente el arquitectónico.

Cuenta con una decena de publicaciones sobre desarrollo transfronterizo, turismo rural, rutas provinciales, etc., entre las que destaca Las mejores rutas naturales de Salamanca. Como ponente, participa en congresos, seminarios y mesas redondas. Ha organizado y dirigido dos congresos internacionales sobre los temas antes citados.

Completa su actividad profesional con el diseño, la cartografía y la fotografía.

Inaugura esta conferencia el curso: “La casa. Un espacio para la tradición”. Por ello, en todo momento se procurará tener en consideración la vivienda, la casa y las arquitecturas complementarias desde un punto de vista humano y próximo.

Bien es cierto que analizaremos y describiremos materiales, tipologías, planos..., pero siempre desde el punto de vista del habitante y constructor del edificio.

Con la ubicación de esta exposición en el comienzo del curso se pretenden dar a conocer, en forma de planteamiento general, las características más significativas de la arquitectura popular salmantina. El conocimiento y descubrimiento de su riqueza y variedad tipológica redundará en un mayor aprovechamiento y entendimiento de las conferencias posteriores.

EL ESTUDIO DE LA ARQUITECTURA TRADICIONAL

La arquitectura popular ha sido tradicionalmente considerada como una arquitectura “menor” frente a las oficialistas y “cultas” de carácter civil, militar o religioso.

En los últimos años se observa un cambio de tendencia que se ve favorecido por el creciente interés que los temas etnológicos han despertado en la población.

Por otro lado, a nuestro alrededor, en la última década, se está llevando a cabo una verdadera revolución sociológica que preconiza la vuelta “de la ciudad al campo”.

Este hecho es fácilmente perceptible en los alrededores de la capital, donde aparecen urbanizaciones y chalets que, en algunos casos, intentan copiar o utilizar materiales y tipologías que recuerdan vagamente a los que aparecen en el medio rural tradicional salmantino.

EL CONCEPTO DE CASA TRADICIONAL

1ª En primer lugar conviene aclarar que el término de casa tradicional incluye la vivienda donde habita el núcleo primario de la sociedad (la familia) y todas aquellas construcciones complementarias que son utilizadas en el quehacer diario.

2ª A menudo, al hablar de la casa o la cultura tradicional, se utilizan del mismo modo otros adjetivos como popular o rural. Aunque todos ellos encierran semejanzas conceptuales y contextuales, referiremos brevemente algunas puntualizaciones sobre cada uno de ellos.



Rural. Al hablar de la casa rural pretendemos incidir en el hecho de que se encuentra localizada en un medio concreto muy distinto al urbano. Un menor número de habitantes y una dedicación fundamentalmente agro-ganadera lo caracteriza.

Popular. Este adjetivo alude inequívocamente al origen humilde de la arquitectura popular, donde el propio pueblo identificado en cada uno de sus habitantes, ha tenido una importancia fundamental a la hora de levantar las viviendas que conforman el municipio.

Tradicional. Tal vez sea el más utilizado de todos los adjetivos. Predominan en este concepto la herencia, lo repetido, *lo de toda la vida*, lo corriente, lo normal.

Como podemos comprobar, se introducen sutiles diferencias en la utilización de cada término que enriquecen en sí mismo el propio concepto de la arquitectura que estamos analizando. Por ello, podrán ser utilizados indistintamente teniendo en cuenta las particularidades que los aúnan y globalizan.

Al llegar a este apartado conviene señalar que en el medio rural aparecen, a veces, edificaciones y construcciones que en alguna medida no cumplen las características de la arquitectura tradicional, alejándose de la predominancia del entorno.

Hemos de tener en cuenta que en nuestros pueblos han existido diferencias sociales muy marcadas que se reflejan perfectamente en el modo constructivo, apareciendo tipologías y materiales que de alguna mane-

ra reflejan y confirman el mayor nivel económico de sus moradores.

Así mismo, a menudo se localizan casas de verano o viviendas secundarias de familias urbanas, que eligieron el pueblo natal para poseer una vivienda en el campo que en nada se asemeja a las de sus alrededores y que intentan reproducir las tipologías urbanas en un medio de características bien distintas.

Esta consideración la deberá tener muy presente aquel que recorra nuestros pueblos y aldeas adivinando esta humilde arquitectura que adorna aún las calles y plazas de toda la provincia.

3ª Características de la arquitectura popular:

- Surge como respuesta directa a un medio específico, a las necesidades y posibilidades de sus usuarios y a exigencias históricas, socioeconómicas, y medioambientales.
- Es una arquitectura de soluciones simples y sencillas ante los problemas constructivos que surgen en la edificación, huyendo así de las soluciones complejas. A menudo la sencillez encierra unas soluciones inteligentes y audaces que en nada tiene que envidiar a las más puras academicistas.
- Se encuentra muy ligada a la herencia y tradición de la zona geográfica donde se desarrolla.
- Frecuentemente es difícil introducir innovaciones gratuitas que deberán de ser muy estudiadas y contrastadas.
- Es una obra definitiva para el constructor y la familia que va a formar.

- Por tanto es una arquitectura familiar.
- No existen estilos arquitectónicos, reúne sólo tendencias.
- Es una arquitectura preindustrial, teniendo en cuenta los materiales y las técnicas utilizadas.
- Predomina la utilidad y la funcionalidad sobre lo superfluo, lo decorativo y la estética. Aún así, la sencillez se transforma en sobriedad, belleza y elegancia.
- Es la arquitectura del sentido común.
- No es objeto de especulación como en la actualidad.
- Es económica y ahorra en la construcción.
- Existen pocos prototipos con escasas variaciones.

Esta breve caracterización que podría provocar, a priori, una cierta uniformidad constructiva, se transforma en nuestra provincia en una gran diversidad arquitectónica que enriquece toda nuestra geografía.

FACTORES DETERMINANTES. ESTUDIO PREVIO

Como hemos referido en líneas anteriores, factores naturales, históricos, económicos, culturales..., trascienden en buena medida en la arquitectura popular. Por ello repasaremos brevemente cada uno de ellos, lo que nos permitirá entender muchas de las singularidades constructivas de Salamanca.

EL ESPACIO GEOGRÁFICO SALMANTINO

El medio físico, geografía y geomorfología

En la provincia de Salamanca se singularizan tres tipos de paisajes predominantes:

- penillanura y valles encajados
- cuencas sedimentarias
- sierras

Atendiendo a su origen geológico distinto, se suceden en cada uno de ellos, unos tipos de rocas que condicionan el empleo de materiales constructivos en las distintas zonas.

- Arcillas (terciario)
- Areniscas (terciario)
- Calizas (primario)
- Pizarras (primario)
- Cuarcitas (primario)
- Granitos (primario)

Se transforman en:

- adobes
- tapiales
- ladrillos
- mampuesto
- sillarejo
- sillares



Todos somos conscientes de las preferencias tradicionales entre las umbrías y las solanas, los cursos fluviales, los cerros fácilmente defendibles, los cruces de caminos, las vías pecuarias, etc... Son algunos factores que en su día, individualizados o en conjunción, determinaron la aparición de una aldea o núcleo rural.

Así mismo, esta elección trasciende en muchas ocasiones a su forma del plano que de alguna manera nos muestra una adaptabilidad no sólo al medio sino a otros muchos condicionantes menos perceptibles hoy en día, pero tan importantes como el primero.

Mencionemos algunas de estas tipologías:

- Lineales: Vecinos, Calzada de Béjar, Herguajuela de la Sierra...
- Concéntricos: Fuenteguinaldo...
- Amurallados: Monleón, Miranda del Castañar...
- Medievales: (restos de los barrios judíos y moriscos) Monleón, Miranda del Castañar, Mogarraz...
- Ortogonales: Sanjuanejo, Nuevo Naharros, Águeda del Caudillo...

VARIEDAD ARQUITECTÓNICA SALMANTINA
A continuación analizaremos las distintas "arquitecturas" salmantinas, teniendo siempre en cuenta que lo haremos con una mera aproximación, ya que un estudio exhaustivo conllevaría la publicación de una obra completa dedicada a la arquitectura tradicional de esta provincia.

La casa del llano. "Las tierras del pan llevar"

Dispersión geográfica: Bajo esta denominación nos referimos a las comarcas de La Armuña (Alta y Baja) la Tierra de Peñaranda, Las Guareñas, Las Villas, parte de la Tierra de Alba y algunos otros puntos de la provincia.

Son tierras de clara vocación cerealística, donde los amplios horizontes predominan en el paisaje.

Economía: Estamos contemplando una de las economías agrarias de mayor importancia de Salamanca. El cereal, cultivo principal, requería la utilización de una amplia cabaña ganadera de apoyo (bueyes y mulas) que ayudaran en las tareas del campo.

Un pequeño viñedo de uso personal completaba la explotación.

Materiales: Predominan los materiales sedimentarios del terciario: arcillas y areniscas, son el elemento primigenio que se transformará en : adobes, tapial, sillares y sillarejo. Con ellos se levantarán la práctica mayoría de las edificaciones de este espacio.

El ladrillo con una clara influencia mudéjar, será el protagonista en las tierras más orientales de las señaladas.

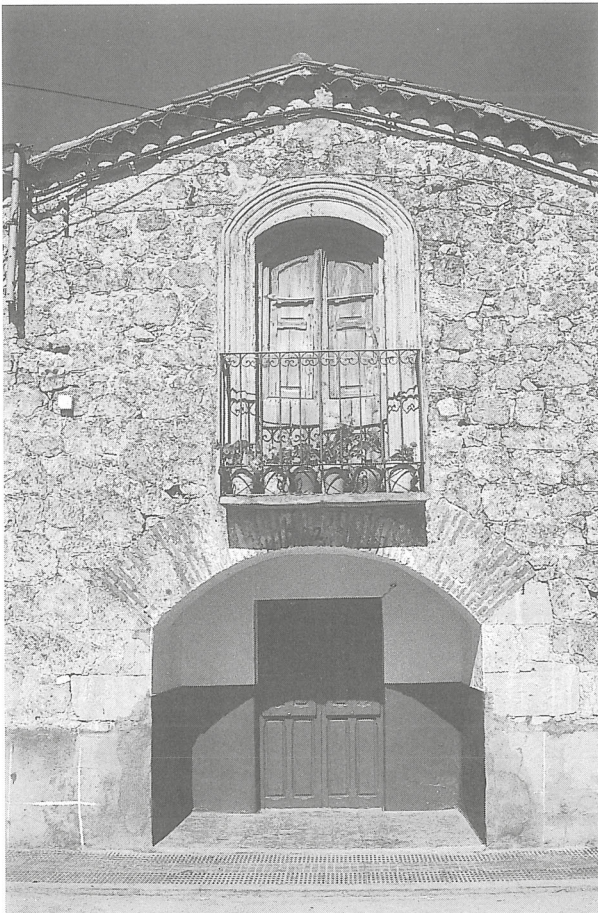
Tipologías: Las viviendas alcanzan un gran calidad y desarrollo en planta, siendo las más amplias de Salamanca.

Los rigores climáticos se reflejan como en casi toda la provincia, provocando que los vanos sean pequeños y escasos. Así mismo la cocina se ubica al fondo de la vivienda, apareciendo uno de los elementos más interesantes en cuanto al sistema calefactor de la

casa. Nos referimos a la gloria. Este sistema utilizaba un conjunto de canales colocados bajo el suelo de la habitación por los que circulaba el aire caliente proveniente de la combustión de la paja que se llevaba a cabo en una cámara cercana.

Su diseño recuerda claramente a los hipocaustos romanos y constituía un eficiente y económico modo de solventar los rigores del invierno meseteño.

El plano se desarrolla en torno a un gran patio trasero o lateral al que se accede por unas grandes puertas carreteras.



A la vivienda se entra desde la calle por un portalillo que da paso a un gran portal, verdadero organizador de la casa.

A ambos lados del portal se localizan las salas con dos alcobas, separadas tan sólo y en muchas ocasiones por unas cortinas.

La sala era utilizada en muy pocas ocasiones, quedando reservada para fiestas y celebraciones.

Desde el portal parte una escalera al sobrao o doble que en esta zona cumple la misión de granero o panera, lo que requiere de un esfuerzo adicional en la construcción de los muros inferiores. Unas pequeñas ventanas o luceras permiten su aireación.

Al fondo del portal se localiza la cocina, verdadero corazón de la vida diaria.

Una gran chimenea en campana, ocupando la mitad de la habitación, permite recoger los humos del hogar bajo, alrededor del cual se desarrolla toda la vida diaria. Una gran despensa adyacente completa las dependencias de la casa.

En torno al amplio patio se desarrollan múltiples espacios:

- comederos de los bueyes
- cernidero y horno
- tenadas para los carros
- cuadras y pesebres
- bodega subterránea
- pocilgas
- leñera
- potro
- pajar
- pozo...

Esta breve descripción puede complicarse o hacerse más sencilla si atendemos a los diferentes niveles socioeconómicos de sus moradores.

Así mismo, en zonas periféricas y de contacto con otras comarcas, pueden encontrarse influencias y transiciones arquitectónicas que introduzcan algunas singularidades, de variada notoriedad.

La casa de la penillanura

Dispersión geográfica: El Rebollar, los Campos de Argañán y Azaba, las Tierras de Ledesma, Vitigudino, El Campo Charro, Salvatierra y parte de la Ramajería, son algunas de las zonas en que más claramente aparece este tipo de vivienda.

Tan amplia generalización introduce el agrupamiento de viviendas con algunas diferenciaciones que más adelante señalaremos.

Economía: Predomina en este espacio la actividad ganadera diversificada de ganado ovino, bovino o porcino. Los recursos económicos son inferiores a los contemplados en el apartado anterior, hecho éste que se reflejará en la construcción y modo de vida.

Huertos y, en algunas ocasiones, una utilización mixta del encinar complementarán el aprovechamiento natural del medio más característico de Salamanca.

Materiales: Granitos, pizarra y cuarcita son los elementos paleozoicos primordiales, que en forma de sillares perfectamente escuadrados o como sillarejo y mampuesto permiten levantar las construcciones locales.



El sillar se utilizará en aquellas partes nobles de la vivienda (esquinas, jambas y dinteles) mientras que el mampuesto, casi siempre sin ligar, ocupará los lienzos.

La madera, mas abundante, aparece utilizada en mayor medida. El aspecto que aporta el conjunto es algo más tosco, más sobrio, pero que singulariza en los “pueblos de la piedra” alguno de los paisajes más bellos y típicamente salmantinos.

Tipologías:

- *El Rebollar, Salvatierra, Los Campos de Argañán y Azaba*

El patio ocupa distintas posiciones, aunque predomina la delantera, siendo siempre de menor tamaño al de La Armuña y que podrá alcanzar aún menor extensión si el ganado permanece en el monte durante la mayor parte del año.

Pueden aparecer los mismos elementos ya señalados, aunque de menor tamaño, prescindiendo de la bodega.

Desde el patio se accede a la vivienda que, en líneas generales, tiene la misma disposición a la contemplada con anterioridad.

El granero abandona la parte superior de la casa y se diluye en alguna dependencia del patio.

- *Las Tierras de Ledesma y Vitigudino, El Campo Charro y parte de La Ramajería*

Existe también un patio delantero, aunque menos desarrollado, que en algunas ocasiones aparece semitechado. No obstante aparece fre-

cuentemente cierta dispersión de los elementos de la vivienda que ocupan lugares apartados en el mismo pueblo. Así, tenadas o pajares se dispersan por el municipio introduciendo cierta variedad en el aspecto general del pueblo.

- *Las Arribes del Duero, La Ribera y parte de la Ramajería*

En esta zona se introducen diferencias en cuanto a los aspectos climáticos y a los aprovechamientos agroganaderos predominantes en las comarcas.

El medio físico también varía y la casa pasa a desarrollarse en altura, presentando también algunos elementos separados de la misma.

Predomina el granito aportando un aspecto más digno a la vivienda que en la primera planta se desarrolla totalmente, dejando el sobrao y la planta baja como espacios complementarios.

La casa de la montaña

Dispersión geográfica: Sierra de Béjar, Sierra de Francia y Sierra de Gata.

El paisaje en estas zonas se hace montañoso y agreste dando lugar a espacios de gran atractivo turístico.

Economía: El policultivo y la economía de subsistencia caracteriza el tradicional aprovechamiento del medio serrano. La diversidad productiva condicionará las tipologías constructivas.

Materiales: El granito en sillares predomina en la planta baja, apareciendo en forma de mampuesto y tramoneras en las partes más altas de la vivienda.

La madera es clara protagonista de todas las construcciones, permitiendo ganar altura y aligerar la obra.

El barro, en forma de adobe o enlucido, se utiliza en tabiques y tramones superiores.

Las “arquitecturas” de esta zona son uno de los más interesantes ejemplos de adaptación al medio de toda Salamanca.

La poca disposición del suelo útil, la dificultad del terreno, las inclemencias climáticas, etc., determinan la forma del plano, la anchura de las calles, la altura de las edificaciones, la proximidad de sus aleros y voladizos, la aparición de solanas y hostigos, etc.



Tipologías:

- *La Sierra de Béjar*

El granito es el elemento fundamental de la construcción, comprobado como predomina la vivienda de tres pisos con un aspecto sólido y robusto al exterior.

A la vivienda se accede por una puerta situada en la planta baja que precede al portal. La típica batipuerta impide el acceso del ganado a un lugar de trabajo habitual.

Junto al portal una habitación adyacente, llamada picadero, rememora las épocas de matanzas y mondongos.

Recordemos la vocación chacinera de esta comarca que provoca importantes singularidades constructivas.

Del portal, que puede permitir el acceso al patio y corrales traseros, arranca la escalera que nos llevará al piso superior.

En la parte delantera, se localiza la sala con un balcón y ventanas que dan a la calle. Una o varias alcobas complementan la zona de dormitorios.

Hacia atrás se ubica la cocina, de nuevo el núcleo central de la vivienda.

Como hecho singular señalaremos la inexistencia de chimeneas, que provoca que el humo pase por el zarzo o sequero directamente al doble o sobrao donde se dispersa por este espacio que alcanza enormes proporciones.

Allí, “al humo” se curarán matanzas y chacinas amén de otros productos agrarios.

Por ello, en el caso de que exista otro piso, la cocina estará siempre en la última planta, por debajo del sobrao.

El hogar, se localizaba en el suelo, sobre lajas de pizarra, por delante del trashoguero, conformando uno de los más ricos conjuntos domésticos de la tradición salmantina.

En el sobrao pueden aparecer varias ventanas “del humo” que permiten su aireación y que dan a la solana.

Es curioso, aún hoy, contemplar, desde lo alto, los tejados de pueblos como Candalaria donde la inexistencia de chimeneas llaman la atención del visitante urbano.

- *La Sierra de Francia*

En este caso la casa de entramado alcanza su máximo desarrollo, aunándose granito y madera en uno de los más bellos ejemplos de la arquitectura popular salmantina.

La utilización de tramones y voladizos permiten ganar espacio a la calle, aligerando la casa en altura.

El plano es similar al analizado anteriormente. En la planta baja aparecen dos puertas, una de acceso a la cuadra y otra de la que arranca directamente la escalera que accede a la primera planta.



La organización interior sigue las mismas pautas que las ya vistas. Tan sólo señalaremos que el sobrao pierde altura, manteniéndose su condición de sequero y humero. La bodega aparece en la parte baja de la vivienda a menudo en forma semisubterránea.

Las técnicas constructivas alcanzan una profunda especialización, sobre todo entorno a los carpinteros, que conforman un complejo sistema de viguería donde la viga madre, las soleras, de imprenta, tramones y tornapuntas, asumen funciones muy definidas y determinantes para el sostenimiento del edificio.

Llaman la atención los primitivos servicios que aparecen sobre volados, encima de corrales traseros y que, si bien primitivos, cumplían una reconocida función.

• *La Sierra de Gata*

Tal vez sea este uno de los espacios más degradados arquitectónicamente hablando. Pocos ejemplos constructivos muestran hoy la herencia del pasado. Algunas veces se observan tipologías similares a las de El Rebollar, apareciendo una sencilla casa de dos plantas que apenas merece su significación.

CONSTRUCCIONES COMPLEMENTARIAS

Quedaría incompleta la exposición si no mencionáramos, al menos, los elementos que complementan a la casa, y que a veces, denominamos complementarios o secundarios, han desempeñado un primordial papel en el quehacer y vivir cotidiano.

Chozos, rediles, tenadas, casetas, palomares, potros, lavaderos, puentes, fuentes, molinos, abrevaderos, bodegas, etc. emplean las técnicas constructivas de las zonas donde se ubican, humanizando, en idónea relación, el medio natural salmantino.

LA EVOLUCIÓN DE LA CASA TRADICIONAL

Como receptáculo de existencia vital, la casa asume también la transformación del modo de vida y hacienda de sus moradores, respondiendo a nuevas necesidades que van reflejando cambios en el todo o en parte de toda la edificación.

Las cocinas son uno de los elementos más transformados que pierden la campana transformada en claraboyas y cocinas francesas que más tarde se tornarán en “chapas” y cocinas de gas.

Muchos elementos del corral pierden su función, destruyéndose hornos y cernideros para construir nuevos servicios higiénicos, así como tenadas y leñeras que protegen hoy a nuevos coches y tractores en vez de los preciados carros que mueren en eras y vertederos.

CONCLUSIONES

Hoy en día asistimos a una revalorización de estos elementos tradicionales, lo que favorece la recuperación de la casa rural o de formas constructivas o decorativas de clara influencia popular.

Es una moda pasajera que creemos debería de trascender a algo más profundo.

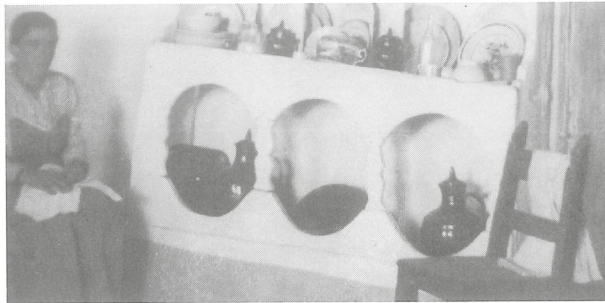
A lo largo de esta conferencia se han analizado y estudiado algo más que materiales y planos, hemos recordado la historia de nuestros familiares, de nuestros padres y abuelos, parte de nuestra vida.

Por ello, en nuestras manos está el mantener y preservar este pasado que forma parte de

nuestro patrimonio; para algunos de nosotros, tan importante como el religioso, militar o civil que adorna esta bella ciudad y provincia.

Aprendamos, ante todo, a disfrutar, valorar y proteger nuestra arquitectura tradicional, nuestras aldeas y pueblos, así podremos llegar a amarlos y sentirlos como nuestros.

■ *Carlos Piñel* ■



el mobiliario tradicional en el mundo rural

La simple observación de un mueble tradicional nos ofrece datos sobre un área geográfica de procedencia y época aproximada de su ejecución.

Observamos unos cambios –formales, de uso, funcionales– a lo largo del tiempo, condicionados por factores económicos, sociales o culturales, y un paralelismo muy claro en relación a lo que sucede en el resto de los países de Europa.

Clasificar, sistematizar sus tipos nos permite aproximarnos a la función para la que fueron concebidos; dentro de ellos, existieron muebles muy dispares, según cuál sea su finalidad última, o bien el modo en que ésta sea resuelta. Así, muebles destinados al descanso y como más específico, el mueble infantil. A la vez, sus peculiaridades formales, estéticas, etc., nos irán informando sobre las diferentes áreas geográficas y sus preferencias.

Carlos Piñel

Licenciado en Ciencias Geográficas e Históricas ha centrado su quehacer profesional en la museología. Ha desarrollado una fértil actividad de coordinación y comisariado en numerosas exposiciones relacionadas con el arte y la artesanía populares.

Responsable, desde 1993, de la adquisición, catalogación y estudio de los fondos etnográficos de Caja España, así como de la conservación de los mismos, es autor, entre otras publicaciones, de Guía de la artesanía de Zamora, La Zamora que se va y Zamora. Tipos y costumbres.

Es miembro del Comité Asesor de Folklore de la Junta de Castilla y León y del Consejo Editorial de la Diputación de León.

Cualquier persona curiosa o atenta que desee aproximarse al conocimiento del mobiliario popular, en este caso español, percibirá el hecho de que, incluso partiendo de una somera observación, destacan, a la vista de cada objeto, ciertas connotaciones espaciales (que presuponen y nos sugieren un área geográfica de procedencia) y temporales (su aspecto nos indica una época determinada de fabricación). Es decir, existen unas comarcas definidas dentro de la Península Ibérica, con sus peculiaridades, y a la vez, si analizamos muebles de épocas diversas, constatamos que en ellos ha habido una evolución a lo largo del tiempo.

Hemos hablado, por tanto, de unos condicionantes geográficos y de una evolución histórica. No olvidemos tampoco los aspectos económicos y sociales de los usuarios de los muebles, ni tampoco los culturales en los que las personas están inmersas.

Si tenemos en cuenta las numerosas combinaciones a que pueden dar lugar los diversos datos apuntados, según predominen unos u otros en mayor o menor grado, podremos explicarnos con facilidad lo que a priori podría aparecer como contradictorio: Escasez de prototipos en el mueble popular español, a la vez que gran variedad dentro de los mismos. Formas elementales, sencillas y humildes, junto a ejemplares exuberantes en riqueza, estética o colorido. Grandes contrastes incluso en comarcas geográficamente reducidas. Muebles que responden a su momento histórico conviviendo con otros intemporales, muchas veces anacrónicos.

A estas aparentes contradicciones trataremos de darles una explicación en las líneas que siguen.

Podemos analizar por ejemplo, y en primer lugar, qué es lo sucedido a lo largo de la historia en nuestro país, o al menos qué es lo que conocemos sobre el mueble, trazando unas líneas generales; pero antes de iniciarlo siquiera debo hacer un nuevo aviso que tendremos en cuenta: la evolución histórica, desde los momentos antiguos hasta nuestros días, no lleva aparejada como cabría esperar, una mayor calidad en todos sus aspectos, linealmente de menor a mayor a lo largo del tiempo. Así, por poner un ejemplo límite que rebasa nuestras fronteras, tenemos que, los más antiguos muebles existentes, hallados en las tumbas egipcias, eran mucho más refinados que otros construidos dos mil quinientos años después, es decir, ahora. Y a parecida convicción llegaremos si observamos los muebles romanos marmóreos o de bronce que por suerte han perdurado hasta nuestros días, llegando hasta el extremo de que en el pasado siglo, dos mil años después de creados, se copian y se reinterpretan en ambientes cultos.

A pesar de lo dicho anteriormente, podemos convenir en que la evolución histórica del mueble español, en sus aspectos globales, existe y se manifiesta lentamente al principio, es apenas perceptible en los siglos medievales, y se hace patente de forma más visible en el Renacimiento, es decir, a partir del siglo XVI. Será sin embargo desde el siglo XIX en adelante cuando sufra los cambios trascendentales que se concretarán a lo largo de la actual centuria, sobre todo si atende-

mos a los aspectos técnicos, constructivos, o utilización de nuevos materiales, y como resultado a su aspecto.

El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española nos dice que mueble es “Cada uno de los enseres que sirven para la comodidad o adorno en las casas”. Como vemos, se está aludiendo a ciertas características de las que después nos ocuparemos; es preciso anotar sin embargo que la definición de la Academia, como tantas veces sucede, es, cuando menos parcial, y desde luego imprecisa: por ejemplo, un arca carente de decoración (como fueron la gran mayoría de los ejemplares), no sirve *para la comodidad*, si no para cumplir una función como contenedor, y en este caso, como en tantos, la finalidad estética o *de adorno* tampoco se contemplaba en origen.

Podemos convenir en que el mueble rural, en algunos casos, se nos aparece como una prolongación interior de la propia arquitectura, a la que está ligado tan íntimamente. Así fue en los primeros tiempos de su existencia, de los que tenemos ejemplos por las excavaciones arqueológicas, a partir del Neolítico y hasta la Edad del Hierro, como bancos corridos en las casas de planta circular, “alacenas” o nichos para guardar objetos o alimentos, e incluso espacios para dormir, contruidos con el mismo material de la vivienda: piedra o adobes de barro, que como más duraderos, han llegado hasta nuestros días.

El mueble realmente se construye y se utiliza para que cumpla determinadas funciones, a veces muy específicas, como contener

objetos, facilitar determinadas tareas o resolver necesidades concretas; por ello, dependerá de los usos y costumbres el que exista o no, la forma que se le de, sus cualidades en suma. Así, por ejemplo, las sillas o los bancos apenas existieron tradicionalmente, e incluso se desconocían, en diversas culturas orientales, como Japón, China o La India. Y quizá, llegados a este punto, convenga precisar que el mueble no es algo necesario para el desarrollo de la vida del hombre, hecho que demuestra con rotundidad la existencia de los pueblos nómadas que prescinden totalmente de tales objetos.

Los aspectos económicos y sociales, están presentes y condicionan la existencia, calidad y cantidad de los muebles, desde el escalón de la básica subsistencia (Edward Lucie-Smith dice que la simple posesión de muebles indica un nivel cultural superior al de la subsistencia), hasta el grado superior, en el cual su función social se delata, cuando se acumulan muebles o enseres que no tendrán otra finalidad que la ostentación. Y se llega así al hecho no infrecuente, de perderse incluso las cualidades inherentes –como funcionalidad o comodidad– que en origen decidieron su existencia.

Veamos pues qué es lo que sucede en España, motivo de nuestra atención. En primer lugar, y como denominador común aplicable al mueble de nuestro país, debemos precisar que sigue de cerca las grandes corrientes de moda en el mobiliario europeo; ahora bien, los prototipos que nos llegan de fuera, aquí sufren una transformación adaptándose a nuestro carácter nacional, generalmente con formas más

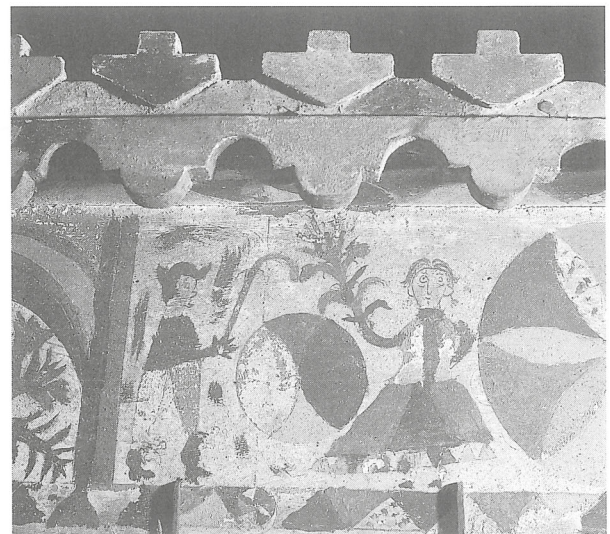
rudas y pesadas, no exentas de interés, lo que le confiere una indudable personalidad. También, en ciertos momentos se crean en España determinados prototipos, tanto por lo que respecta a las formas o su diseño, como por las decoraciones; estos ejemplares influirán a su vez en el mueble europeo, ciertamente en menor medida que a la inversa.

Los distintos pueblos que sucesivamente han estado presentes en la Península Ibérica nos han dejado su huella. Encontramos aquí numerosas representaciones en el Arte de muebles griegos y romanos, incluso ejemplares más o menos completos se han hallado en excavaciones arqueológicas, siendo comparables a lo que conocemos procedente de ciudades como Pompeya o Herculano. Tenemos incluso diversas muestras de muebles Iberos –asientos, mesas, lechos–, es decir, de pueblos hispánicos, en un momento muy arcaico, si bien su proximidad formal a los ejemplares romanos que conocemos es bastante notoria.

Sin embargo, con la desaparición del Imperio Romano surgen grandes cambios políticos, socio-culturales y económicos que, como sucede en el resto de Europa, darán lugar a nuevos asentamientos graduales de gentes y costumbres extrañas, los denominados pueblos *bárbaros*; su convivencia con el anterior sustrato indígena, hispanorromano, y la aparición –invasión– de los árabes en el año 711 serán, por lo que respecta a nuestro estudio, decisivos. Ya anunciamos que no siempre ha existido una evolución positiva por lo que respecta al mueble en sus aspectos técnicos, funcionales o esté-

ticos; el uso del mueble clásico, romano, se diluye y desaparece, y aunque solo fuera disfrutado por las élites dominantes, esta tradición no continúa en absoluto con los nuevos señores pues no son estos precisamente momentos adecuados para su desarrollo; no obstante, las aportaciones de los pueblos godos nos dejarán su legado en aspectos tan importantes como la decoración popular, que en el mueble permanecerá durante siglos en nuestro país. Mayor importancia sin duda tendrá la aportación musulmana, que decantándose en lo que conocemos como *mudéjar* estará acompañando al mueble español prácticamente hasta el siglo XX.

Volvamos una vez anotadas estas reflexiones, al mueble popular, el que en este caso motiva nuestra atención. La economía de casi subsistencia que se extendió por una gran parte del medio rural, trajo en algunos lugares como consecuencia la limitación en el moblaje hasta extremos casi increíbles de escasez y pobreza. Otras zonas, no obstante, viéronse favorecidas, como ya fue dicho,



al contar con superiores medios económicos (y por ende, técnicos y estéticos), lo cual se tradujo en mejores y mayor cantidad de objetos, muebles entre ellos. A pesar de todo, podemos decir que, tanto en unos casos como en otros, el mueble popular fue escaso en su número en cada vivienda, a menudo tosco de factura, pues su hechura fue, durante siglos y hasta hace no mucho tiempo, dedicación de artesanos locales como carpinteros o carreteros, e incluso en los casos de mobiliario elemental, realizado en la propia casa sin otras herramientas que la azuela y la sierra de mano, cuando la persona tenía cierta habilidad manual.

Y todo lo apuntado, les confiere un aura de antigüedad que no poseen en la mayoría de los casos, lo cual, unido a la pátina que el uso y el humo en algún caso producen, se traducirá en el gran atractivo que tienen para determinadas personas con cierta cultura, que llegan a pagar incluso altas sumas por aquellas piezas a las que se les atribuye un valor.

El material con el que se construyen los muebles será en muchos casos el más cercano, de forma parecida a lo que sucedió cuando se edificaba la vivienda; la calidad de la madera, y sobre todo la especie arbórea de procedencia, también nos anunciarán ciertos datos: Existe una escala de valores, probablemente desde tiempos muy remotos, que se refiere a la calidad de la madera, encabezada en nuestras latitudes por el nogal, seguido del castaño y roble, algunos frutales (cerezo, peral), el fresno y el pino, este último utilizado con profusión, y aca-

bando finalmente con las de peores cualidades, como el chopo y otras, ya apenas utilizadas. Como es lógico suponer, la elección de un determinado material dependerá del status económico y social.

El nogal, de grano fino que se presta mejor que ninguno a la talla, duro y resistente, fácil de trabajar y de hermoso color, sin apenas nudos, fue siempre distintivo de capacidad económica y se destinó a muebles de calidad –mesas y arcas sobre todo–. Podía encontrarse ocasionalmente en zonas llanas con huertos y arboledas, pero sobre todo se cultivó en algunos valles de montaña –así en la Sierra de Francia–, donde proliferan los frutales. También en estos parajes y en otros como el noroeste de Zamora (Aliste, Sanabria), el castaño ofrece una excelente madera para el moblaje y la construcción, y esta especie será allí preponderante.

Sin embargo el pino, más extendido su uso por grandes áreas geográficas, más barato también, aparece con uso casi exclusivo en las zonas arenosas del llano, en las comarcas con predominio de la arcilla, y como no, también en la montaña, donde prolifera.

Roble e incluso encina en menor medida, serán sinónimo en muchos casos de antigüedad, aunque no siempre. Ciertamente, los escasos muebles medievales y de comienzos del siglo XVI que se conservan, están realizados con estas maderas, muy duras y resistentes al trasego, que en aquellos siglos fue frecuente en los objetos que analizamos.

En todos los casos, bisagras y cerrojos de hierro, cuando fuere necesario, en muy

pocos casos cuero o tejidos, completarán los materiales que conforman el mueble rural tradicional.

Podemos reducir el mobiliario popular en orden a su clasificación, a dos grandes apartados; uno de ellos, aquel conjunto que permite al hombre un cierto reposo, bien para ejercer determinadas funciones (los asientos de diversos tipos y tamaños), o específicamente para esta concreta finalidad del descanso, como es la cama. Dentro de este gran apartado incluimos la mesa, que básicamente consiste en facilitar también un apoyo para realizar sobre su superficie trabajos o actividades diversas.

El segundo grupo lo constituyen los contenedores, es decir, aquellos muebles que se destinan a guardar objetos, y son principalmente las arcas, por una parte, y los plateiros, vasares o alacenas, por otro; también papeleras o bargueños, además de las espederas y diversos mueblecitos auxiliares, de parecida finalidad.

Junto a estos dos grupos básicos, que consideramos esenciales, veremos como en ciertos casos hay excepciones, sobre todo en elementos mixtos o comunes a ambos, pero que en todo caso no alteran en absoluto lo dicho.

MUEBLES DESTINADOS AL DESCANSO

De entre los asientos, no por más elementales menos usados en la vivienda rural, bien al contrario, formando en ocasiones parte

de la propia arquitectura, tenemos en primer lugar los **pojos** que casi siempre se sitúan en el portal exterior, a la entrada de la vivienda; y no solamente los encontramos en la casa, sino que también aparecen en edificaciones específicas, como molinos o talleres rurales por ejemplo. Suele estar construido el poyo de piedra, en algún caso poco labrada o al contrario, tallada con perfección; a veces se reutilizan elementos dispares para destinarlos a estos fines, como sillares, restos de otras edificaciones, e incluso capiteles, a veces antiguos y hermosos, cosa que aún hoy puede constatarse.

Asientos de gran sencillez fueron los **tajos**, contruidos con maderas diversas, siempre las más fáciles de obtener; se caracterizan por su escasa altura, pequeña plataforma y gran estabilidad debido a sus tres patas; de poco peso, pueden ser llevados con facilidad de un lugar a otro, incluso con una sola mano, para cumplir las más variadas funciones una vez sentados sobre ellos. Así, reposar cerca de la lumbre o el hogar donde se hace la comida, coser, ordeñar vacas y ovejas, trillar las mieses, entre otras actividades de lo más diverso. Su forma solía ser redonda, oval, rectangular, a veces triangular o acorazonada.

Otro tipo de tajo, más cercano formalmente a la silla, es el asiento sencillo sostenido también por tres patas, más altas que los anteriormente descritos, y respaldo; solía resolverse técnicamente con dos tablas gruesas y estrechas, una de ellas curvada o tallada en ángulo (así se conseguía el apoyo para la espalda) y otra ensamblada en forma de "T", horizontalmente, completando el

asiento; sobre los extremos de la cruz horizontal se embutían las patas. Alguno de estos asientos, tan elementales en principio, se enriquecían con decoraciones populares, apoyabrazos, asas vaciadas en la tabla horizontal, e incluso se transformaban en figuras antropomorfas, talladas, representando personas vestidas con la indumentaria de su comarca; se tratará en este caso de piezas destacadas dentro del arte popular en las que llegaba a predominar lo decorativo frente a la comodidad, función esta que, en todo caso, no fue característica notable en los muebles descritos.

Me he referido hasta ahora a ciertos asientos muy elementales y sobrios, y aunque no representativos de estilos o momentos históricos concretos, si podemos decir que se construyeron y utilizaron, probablemente desde los siglos medievales hasta bien entrado el siglo XIX, perdurando incluso hasta la primera mitad del XX. La mayoría de los ejemplares que han llegado hasta nosotros no son anteriores a los siglos XVII o XVIII, siendo los más de entre ellos del centro español y la Meseta castellana, y del siglo XIX.

Las **sillas** y **sillones** (estos últimos variante de las primeras por la adición de apoyabrazos y mayor anchura), imitarán en cierto modo en el mundo rural tradicional al mueble culto, sin que esto suponga, como ya fue apuntado, la inexistencia en lo rural de originalidad y creatividad, antes al contrario. Ello supone que las pautas marcadas por los sucesivos estilos artísticos irán dejando su peso en la silla popular, con un cierto retraso en el tiempo.

No conocemos ejemplares de sillas populares anteriores a los siglos XVI o XVII. En este momento, sobre todo a partir del año 1600, comienzan a generalizarse determinados prototipos en los que la forma cuadrada o rectangular predomina en asientos y secciones de los elementos sustentantes. Aparecen también piezas torneadas, siempre en posición vertical, que conforman arquerías en el respaldo y formas abalaustradas, tanto en este, como en el frente y laterales de la silla. Otros detalles ornamentales, desarrollados así mismo en respaldo y zona frontal bajo el asiento, se hicieron recortados con formas simétricas y geométricas. Encontramos también motivos decorativos que se resumen técnicamente en “golpes de gubia” repetidos dispersándose por cualquiera de los elementos conformantes, incluyendo las patas. Pequeñas tallas a bisel, acanaladas, o elementos geométricos y florales sencillos, completarán en ciertos casos su decoración, que podemos definir como netamente popular.

Las sillas y sillones, de los que pocos ejemplares existían en cada casa, nos ofrecen un mundo relativamente diverso, pues el material utilizado condiciona en gran medida su figura, mientras que la técnica constructiva, ya fue dicho, apenas varía; quizá solamente si atendemos a sus aspectos superfluos –decoración, etc.–, podamos ver diferencias.

Debemos anotar el hecho de que existe, por un lado, la silla de altura convencional (es decir, su asiento oscilará alrededor de 40 a 45 cm de altura), y por otro, la silla baja, asimilada por lo que respecta a su función al tajo y aportando en relación con este una cierta mayor comodidad; se usará la de

menor altura para tareas domésticas, y sobre todo por la mujer, para coser, hacer la comida en la lumbre, etc., y en ocasiones también por los niños.

Tanto en los ejemplares de mayor altura como en los bajos, se utilizó casi siempre el material más fácil de conseguir: pino, fresno, castaño, roble e incluso chopo en ocasiones, y son muchos los casos, sobre todo en los ejemplares más humildes y tardíos, en los que se emplearon, para una misma silla, dos o tres clases diferentes de madera.

Uno de los modelos de mueble españoles por excelencia, fue el llamado sillón *frailero* (conocido en Hispanoamérica como sillón *misional*). Tuvo su origen en prototipos italianos, pero ya en el siglo XVI se decanta y adquiere unas proporciones y características peculiares, y tan adecuadas que se expande y evoluciona a lo largo del espacio y el tiempo, manteniendo su esencia. Su presencia en el mundo de la cultura rural tradicional no se generaliza en todos los ambientes, antes al contrario –su propia denominación popular así lo expresa–, ocupó habitaciones acomodadas tanto en ambientes urbanos como rurales, teniendo gran difusión. Mas, como ya fue dicho, si es cierto que existen unos centros de poder en los que se crea –la metrópoli–, nunca falta su reflejo provincial o rural, en donde carpinteros locales y artesanos copian e interpretan los modelos preferidos en cada momento.

Característica del *frailero* fue su sencillez y relativa comodidad, pues tanto el asiento como el respaldo son de cuero o tejidos fuertes que se adaptan al cuerpo, sujetos con

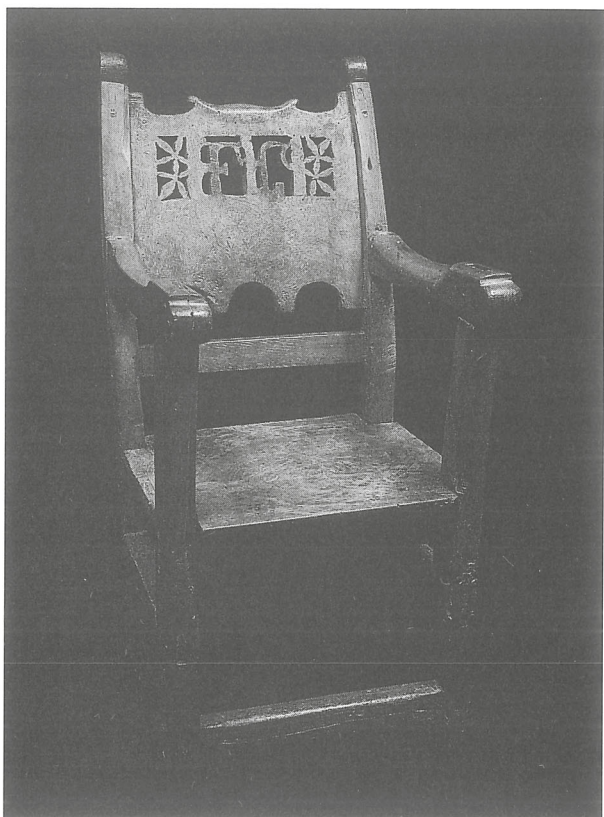
clavos de ancha cabeza. De formas cuadradas y rectilíneas (incluso los brazos forman ángulo recto con las patas), se enlazan mediante *chambranas* o travesaños, de los cuales el frontal es mucho más ancho y con frecuencia se decora con tallas o recortes de formas geométricas, las cuales por sus características nos remitirán a una época determinada. A medida que pase el tiempo, ya en el siglo XVII y sobre todo el XVIII, sus formas rectilíneas irán poco a poco adoptando la curva, primero en los brazos y en sus épocas más avanzadas en todos sus elementos, patas e incluso *chambranas*, apareciendo copetes barrocos, antes inexistentes, sobre el respaldo. Estos últimos y las *chambranas*, llegarán a ser exuberantes en Andalucía.

Será también frecuente en estos momentos tardíos el uso de las técnicas del torno para las piezas que forman los asientos –patas, soportes o travesaños–, aunque en estos casos ya no podremos hablar de sillón *frailero*.

Sillas y sillones con diversas formas, estilos y tamaños, adoptarán, durante los siglos XVIII y XIX técnicas también diferentes; así, piezas torneadas como se ha indicado, pero también elementos que en origen respondieron a un estilo concreto en el mueble culto, serán utilizados e interpretados a su modo por carpinteros y artesanos, recreando tipos que a veces serán incluso totalmente insólitos. La decoración en estos siglos y en líneas generales puede limitarse a sencillos remates en el respaldo; otras veces se trata de tallas con temas diversos, casi siempre con motivos vegetales o geométricos, y en algunos casos con letras –iniciales o

nombres propios— que nos remiten a sus propietarios o constructores.

Durante el siglo XIX se fabrican y utilizan en gran número las denominadas *sillas mallorquinas*, características de las islas Baleares; de estructura torneada, y con alto respaldo, se cubrían por completo de policromías, y su asiento solía ser de fibras vegetales, bayón o anea. Modelos similares tuvieron también bastante difusión en Andalucía; con respaldos más bajos y sin pinturas coloristas, sillas realizadas con torno llegaron a convertirse en el asiento más común en prácticamente toda la Península, tratándose en este caso de objetos seriados y preindustriales, con escaso interés para nosotros



pues nada tienen de peculiar que las identifique con algún grupo rural específico.

El segundo material que después de la madera se utiliza para la confección de sillas y sillones, será el mimbre. Su construcción exige de artesanos especializados y zonas concretas donde este se da habitualmente; por ello, en la mayoría de los casos tenía que adquirirse ya elaborado a vendedores ambulantes o en mercados comarcales. Su poco peso, precio, y gran resistencia, hizo que estos muebles fueran apreciados en nuestros pueblos, si bien su presencia no fue con igual intensidad en todas las comarcas, sobre todo por cuestiones económicas.

Dentro de este grupo de muebles destinados al reposo o descanso están los **bancos**, con numerosas variantes. Tenemos imágenes de algunos muy antiguos, altomedievales, reproducidos en los códices miniados y manuscritos (Beatos), tratándose en todos los casos de siales o tronos que nos indican una elevada posición social para las personas que en ellos se sentaban. Aunque parezca impropio citar estos antiguos muebles en un texto sobre lo popular y tradicional, debemos decir que el origen de la gran cantidad de bancos que serán utilizados durante siglos, está en los citados ejemplares, hasta el extremo de que alguno de los prototipos más comunes entre los siglos XVI y XIX (incluso la primera mitad del XX en ciertas comarcas), podrían casi identificarse por su forma, estructura y sistemas de ensamble, con los citados tronos y siales.

Caso aparte merece un magnífico ejemplar procedente del Pirineo catalán, conocido

como banco de Taüll por su origen, pues perteneció a la iglesia de San Clemente en cuyo presbiterio se halló, conservándose en la actualidad en el Museo Nacional de Arte de Cataluña. Se trata de un sitial destinado a personas relevantes (eclesiásticos), compuesto por tres asientos bajo arquillos, con dosel, laterales y respaldo cerrados; su estructura netamente arquitectónica –se simulan columnitas y capiteles– ostenta una hermosa decoración románica, que recubre el mueble en su totalidad; el repertorio ornamental responde claramente al momento en que presumiblemente se ejecutó el mueble (en torno al 1.200) y podemos calificarlo de rotundamente popular; los temas decorativos, en unos casos tallados, o formando celosías de una arcaica belleza, reproducen elementos geométricos –*tacos* o *billetes*, arquillos, círculos, rombos, triángulos, estrellas– y pequeños motivos extraídos de la arquitectura –campanarios con sus campanas, arcos de herradura, almenas–, en una composición exuberante en la que se sintetiza y mezcla lo netamente románico, geométrico, con numerosos detalles y un espíritu indudablemente mudéjares, a la vez espontáneo y rural.

Una vez citado el excepcional mueble de Taüll, sin paralelo en todo el mobiliario europeo medieval, volvamos a los bancos sobrios y muy abundantes en los que se decanta la antigua tradición del sitial y que, como ya fue apuntado, apenas evolucionarán en el medio rural durante siglos. No vamos a detenernos siquiera en los numerosos bancos ya góticos e incluso del siglo XVI que, respondiendo al estilo preponde-

rante y característico de cada momento, fueron patrimonio exclusivo de las clases nobles; ciertamente, sus decoraciones y estilos ornamentales en líneas generales no fueron utilizadas por las gentes del pueblo (por ejemplo, los elementos vegetales, cardinas, etc. del gótico; tampoco lo arquitectónico de este período, ni las tallas “de pergamino” o “servilletas” renacentistas). Sí en cambio podremos rastrear con posterioridad a la Edad Media y durante siglos, algunos elementos dispares, como el uso del arco *conopial* en la decoración –que perdura en lo popular hasta el siglo XIX–, o la pervivencia de motivos geométricos simples, simbólicos, e incluso cuando el artesano rural tenía mayor habilidad, animales fabulosos y mitológicos. Así, faldones en ciertos muebles con *conopios* recortados, tallas de rosáceas, discos de radios, y sencillos objetos geométricos, junto a dragones o sirenas



derivados de los grutescos, estos últimos en mucha menor medida que los primeros, más sencillos de ejecutar.

Sin embargo, la gran mayoría de los bancos rurales que encontramos durante los siglos XVI, XVII y XVIII serán de una gran sobriedad y rudeza, característica ésta peculiar de lo español en el mueble. Dentro de ellos, podemos diferenciar claramente dos tipos, tanto por su ejecución y factura, como por la función o el uso a que unos y otros fueron destinados.

Así, nos vamos a referir en primer lugar a un grupo bastante homogéneo de bancos que podemos considerar directamente emparentados con los antiguos tronos o sitiales medievales, si bien su función en el medio rural no fue en absoluto la diferenciación social, si no la más simple de servir de asiento; este grupo, denominado en ciertos lugares como la Meseta, *escaños*, se diferencian por las siguientes características: Su asiento es muy ancho, pues aunque se construyen para sentarse sobre ellos, el uso fue polivalente, ya que se destinaron a menudo para dormir, en su ubicación junto a la lumbre. La altura del respaldo es elevada, a veces considerablemente, teniendo cerrados los laterales en ángulo recto con el primero.

Dentro de los *escaños*, encontramos a su vez dos diferencias fundamentales, igual que en los prototipos medievales de los que proceden directamente; uno de ellos, el que podemos denominar “cerrado”, tiene los laterales y el respaldo totalmente opacos; éstos suelen ser notoriamente elevados, como ya fue dicho, y no cabe duda que para proteger mejor del frío con sus formas altas y envolventes.

El segundo tipo o “abierto”, adquiere en su respaldo y laterales aspectos más livianos, y suele resolverse con técnicas abalaustradas (recortadas, torneadas, etc.), e incluso sus laterales se reducen a sencillos apoyos para el brazo.

En todo caso, trátase de un tipo u otro, cerrados o abiertos, es interesante comprobar como, en la pintura del siglo XV, aparecen reflejados muy a menudo sus prototipos antecesores, y solamente nos llamará la atención el hecho de que los ejemplares medievales son más finos en su ejecución y de un trabajo más esmerado, puesto que se trata de muebles de gran categoría sobre los que se representan escenas religiosas: la Anunciación, escenas de la vida de algún santo, etc.

Ambos tipos de *escaño* se fabricaron y usaron de una forma u otra según las diferentes comarcas, pues aunque influye la habilidad o el saber de quien lo construye, son notorias las preferencias que serán siempre comunes para una zona o conjunto de pueblos. Pero al mismo tiempo, se advierten claramente las diferencias económicas, ya que en algunas casas podrá encargarse su ejecución al carpintero, que utilizará además buenos materiales, mientras que en muchas otras, su construcción se hará directamente por quien va a utilizarlo, con lo que el resultado final estará mediatizado por la mayor o menor habilidad, la herramienta utilizada (que se limita a menudo a la sierra y azuela), y por supuesto, a los materiales que en muchas ocasiones, serán los más accesibles por baratos.

De entre estos últimos, encontramos algunos núcleos, más aislados geográficamente, en los que han perdurado ejemplares en uso hasta tiempos relativamente recientes; así, la banda occidental de la Meseta, y en provincias como Zamora (Aliste y Sayago), Salamanca (Las Arribes, la Sierra de Francia), zonas montañosas entre León, Galicia y Zamora (La Cabrera, El Bierzo o Sanabria), y también el cercano Portugal de Tras Os Montes. De allí proceden característicos ejemplares, sobrios, rudos, de construcción elemental en la que no intervienen clavos ni puntas, de maderas desbastadas con azuela, ensambladas a caja y espiga, y con negra pátina debido al humo del hogar. Los respaldos son muy altos, a veces “de tejadillo”; sus remates se decoran a menudo con la azuela, rebajándolos en forma de tronco de pirámide. Estos escaños, que por su técnica de ejecución y resultados formales podemos calificar, ya fue dicho, como medievales, se realizaron probablemente sin interrupción, siguiendo las mismas pautas, desde el siglo XVI hasta el XIX, con un gesto reiterado y repetitivo, volviéndolos a ejecutar de la misma forma a medida que se estropeaban; sin embargo, casi todos los ejemplares que se conservan datan de entre la segunda mitad del siglo XVIII hasta el XX, como atestiguan los que van fechados.

En otras áreas geográficas más favorecidas y mejor comunicadas, y en puntos muy diversos de la Península, se hicieron ejemplares también grandes por lo que respecta al respaldo y asiento, pero en muchos casos contruidos por hábiles carpinteros que utilizan técnicas y herramientas refinadas,

consiguiendo armoniosas superficies geométricas y rectilíneas, como las puertas denominadas “de cuarterones” de los siglos XVII y XVIII, utilizando para ello maderas de calidad –castaño, nogal, pino sin nudos–; las formas recortadas en el respaldo, tallas decorativas, y a veces pintura, completaban su ejecución.

Existen también escaños o bancos más complejos, con cajón o alacena para guardar el pan, con tabla abatible que sirve de mesa –pues también para esto se usaron–, e incluso con soporte o *palomilla* móvil para colgar el candil de aceite que iluminará débilmente el entorno del que se sienta.

El segundo gran conjunto de bancos, estará formado por ejemplares que esencialmente constan de un largo asiento corrido, en general estrecho, cuatro patas (a veces seis si es muy largo), y sencillo respaldo plano; su estructura y ejecución son por tanto muy elementales, y casi siempre de una sobriedad extrema. A pesar de lo dicho, podemos encontrar grandes diferencias de unos ejemplares a otros, si nos fijamos en su composición; en ciertos casos, allí donde podían permitírsele, existían ejemplares realizados en nogal, en los que, a veces, las patas se recortaban siguiendo esquemas del mueble culto y respondiendo su diseño a los cánones estéticos del momento; así, ciertos bancos con patas en forma de columna estriada del siglo XVI, rectas o recortadas en formas onduladas o “de lira” del XVII y XVIII, respaldos plegables con bisagras de hierro, y en ocasiones fiadores de hierro forjado; estas piezas, si bien excepcionales, se pueden

encontrar en el medio rural, pero fue sin embargo más frecuente la imitación del banco urbano o señorial, que a menudo se enriquece en algunas comarcas con interesantes tallas en el respaldo que oscilan entre las más elementales de temas vegetales o geométricos, cruces, aspás, ruedas de radios, o rosáceas, enlazando con antiguas tradiciones ya citadas, a otras de gran interés con figuras de animales –reales o fantásticos–, que casi siempre responden a concretas áreas culturales y a sus esquemas decorativos preferentes.

El mueble por excelencia dedicado al descanso es lógicamente la **cama**; su uso remoto nos lo confirman los ejemplares procedentes de las tumbas faraónicas en el Antiguo Egipto y los que existieron en el mundo Etrusco y Romano anterior a la era cristiana, si bien en estos casos pertenecieron a la nobleza dirigente y altos dignatarios.

En España, la cama del medio rural presenta dos variantes de diverso origen: por un lado la de patas elevadas (prolongación del cabecero y pies) que se enlazan mediante largueros, heredera de la antiquísima tradición a que me he referido. El segundo tipo se trata de una cama “vestida”, elevada del suelo sobre una tarima, a veces armazón, en la que no se ven los elementos sustentantes por estar cubiertos de tejidos; esta última responde a los usos de la Edad Media y siglo XVI, épocas en las que gran parte de la casa y muebles se cubrían de ricas telas o tapices.

El primer grupo, es decir, la cama tal y como hoy se ha generalizado, se caracteriza por su sencillez: dos palos de sección cuadrada y posición horizontal, se ensamblan con tablas o tableros verticales (cabecero y pies), de la manera más elemental. En ocasiones estos últimos elementos se decoran con tallas someras, pinturas populares, o se recortan con formas geométricas; dichos motivos recortados sobre el remate pueden formar curvas, almenas cuadradas o triangulares, etc., a veces calados, con cruces, corazones, e incluso otros motivos simbólicos como esvásticas. Algunos ejemplares van pintados, bien con sencillos motivos monocromos –ramos, corazones–, pero siempre, como en su construcción, nos dan la sensación de un primitivismo que no es real. Este tipo de cama descrita, se denomina con frecuencia y erróneamente cama “de monja”, cosa que no obedece en absoluto a la realidad, pues su procedencia es siempre del mundo rural campesino; otra cosa es que algún ejemplar haya sido conservado en alguna celda monástica o conventual, llevada allí por los que profesaban como parte de su ajuar humilde.

Un tipo de cama muy peculiar lo encontramos en Cataluña y Levante sobre todo; consiste en un gran cabecero con formas curvas, sinuosas, de herencia barroca, tallado y policromado, con dorados, que lleva motivos religiosos en su parte central, así como parejas de angelitos y curvas al modo de las cornucopias; la decoración a veces será solamente floral, y ya más tardíamente,

como las llamadas de Olot, con líneas y tonos más suaves. Policromías y curvas, serán aplicadas también en los pies, torneados o de forma *cabriolé* casi siempre.

La decoración pintada en las camas, sin embargo, aparece un poco por doquier. Sobre cabeceros y pies sencillos, casi siempre rectangulares y sobrios de estructura, se pintaron encima de un fondo uniforme, guirnaldas y flores coloristas, quizá entroncando con lo Neoclásico; con estas características conocemos ejemplares procedentes de Burgos, Palencia y La Rioja.

Y siempre, como sucede en lo popular, la excepción, tan frecuente, no nos permitirá generalizar a veces; como ejemplo, la cama insólita que se conserva en una colección particular: tiene cabecero ensamblado, tallado y con policromías (fondo negro, y pintura amarilla sobre todo, además de rojo y verde). Los motivos cristianos y muy ingenuos representan custodia, cabezas de ángeles, cruz central con inscripción, y temas vegetales calados. Sobre su parte cimera, un ángel en bulto redondo, con alas y espada; el pie, sin embargo, sobrio, se remata en sendas cabezas y cuellos de cisne, recordando lo Imperio tardío. Procede probablemente de León.

Las camas vestidas suelen ir adosadas lateralmente a una pared, o sobre una esquina. Por ello, frecuentemente se cubrían en su parte frontal de hermosos bordados o encajes: así, en la Sierra de Francia, el Campo Charro, o el Abadengo en Salamanca, donde encontramos los más ricos bordados populares en sedas y lanas policromas, con motivos decorativos de animales –leones, pája-

ros, peces– y florales, muchas veces simbólicos. Estos tipos se utilizaron así mismo a menudo en las cercanas provincias de Avila y Cáceres.

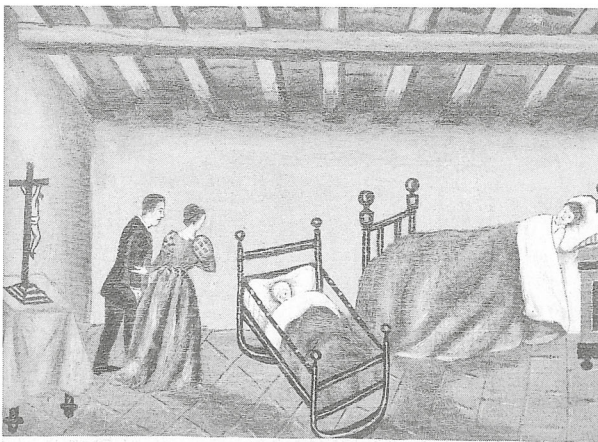
Completaban el conjunto bellas colchas artesanales que, como en el caso de los frontales y delanteras de cama, nos informan por su tipología sobre el origen y procedencia geográfica.

La **mesa** es el último de los muebles que, en orden a su análisis, incluyo entre los que se utilizan para el descanso, pues se destina a servir de apoyo para las manos y los objetos con los que se procede, facilitando actividades diversas –entre ellas comer–, y estando a la vez y a menudo sentados.

El uso de la mesa estuvo ligado a determinadas áreas geográficas y, ciertamente, en algunas no se prodigó en demasía. Salvo la pequeña mesa “tocinera” que se colocaba en la cocina, o próxima al hogar de la lumbre, utilizada en gran parte de las casas rurales, la mesa alta no fue necesaria en muchas de ellas, sobre todo en las comarcas más humildes en las que se prescindía de todo lo superfluo.



Si diversos son los tipos de mesa que podemos encontrar dentro del mueble rural, prácticamente todos tienen su origen y paralelo en el mueble culto; solamente serán excepción las pequeñas mesas ya citadas, que se dan exclusivamente en ambientes campesinos. Estos ejemplares, los podemos encontrar en grandes áreas geográficas, casi toda la Península; se usaron por millares en Castilla y León, Extremadura, Andalucía y La Mancha, sin olvidar áreas montañosas del Noroeste y Norte peninsular. Aunque conservan características específicas por comarcas, en lo referente a su hechura y decoración (cuando existe), tienen no obstante una forma y tamaño similar: se trata de una mesa baja —ya fue dicho—, con tablero que generalmente vuela sobre sus soportes, y con un cajón. Fabricada en gran número de casos con madera de pino, puede ser también de castaño, fresno o frutales. No conocemos el posible origen de su denominación, pues no se destinó en general y preferentemente a albergar en su cajón el tocino al que hace referencia su nombre; sí a



Estando gravemente enfermos los niños Teonila y Tomás Toranzo García, sus padres elevaron sus súplicas al Smo. Cristo de las Batallas pidiendo por la salud de sus hijos, la cual les fué concedida el día 9 de Mayo de 1894, dando gracias al Smo. Cristo.

veces el pan entero o fragmentos de él, ya partido, así como pequeños utensilios o cubiertos, y también restos de comidas, entre ellos, claro está, tocino. Una explicación que concibo como válida es la hipótesis de que se haya cambiado el término “cocinera” por “tocinera”, pues, ciertamente, su situación en la cocina permitió siempre realizar sobre su superficie diversas tareas, como servir de apoyo, cortar, preparar algún alimento, e incluso comer.

Aunque no es rara su decoración con algún tipo de talla elemental, es cierto que no fue un mueble que se haya prestado especialmente a ser embellecido; a veces alguna rosácea a compás, golpes de gubia, y en algún ejemplar el *conopio* gótico de finales del siglo XVI, que se sigue utilizando en el arte popular más de trescientos años después, es decir, en el siglo XIX.

Otros ejemplares similares al anteriormente citado, pero sin cajón, fueron también utilizados, aunque en menor medida.

Por lo que respecta a las mesas de mayor tamaño, volvemos a encontrar dos variantes fundamentales, con y sin cajones. En ambos casos el paralelismo con el mueble culto es evidente, y se realizan casi siempre en maderas nobles —castaño o nogal—, al menos el tablero, que en estos muebles será rectangular.

La más sencilla de ellas es la denominada “de San Antonio” en medios de aficionados al mueble y anticuarios, por ser modelo muy difundido y que aparece en un conocido cuadro de Murillo que trata dicho tema; tiene patas rectas de sección cuadrada, en

forma ligeramente de tronco de pirámide –más abiertas en su base– y *fiadores* rectos y sencillos de hierro que enlazan el travesaño de aquellas con la parte inferior del tablero. Así, desde estos modelos más sencillos, a los más barrocos, durante los siglos XVII y XVIII preferentemente, se realizan numerosos ejemplares en los que la forma de las patas sobre todo, y la forja de los hierros, nos ofrecerán datos para conocer la época aproximada en que fueron hechas. Estas mesas, al contrario de las que a continuación voy a describir, permitieron sentarse y utilizar los brazos y las manos sobre su tablero, para escribir, comer, o realizar diversas actividades.

La segunda variante citada será la de cajones, tenga uno, dos, tres o más, dependiendo de su largura, pues el alto y ancho no varían especialmente, salvo las proporciones que siempre se guardan. Esta tendrá un aspecto más pesado que las primeras, ya que su tablero, patas y estructura suelen ser más gruesos. A la vez, se presta más a ser enriquecida estéticamente por medio de tallas, tanto en los cajones, como sobre los laterales o parte posterior, siendo en ocasiones difícil de separar su manifestación rural o popular, de la refinada y culta, salvo su aspecto rústico en lo referente a acabados y ensambles, o los motivos decorativos –sean netamente populares o no–, así lo demuestran; y sobre todo porque, tanto este tipo de mesa con cajones, como el antes citado, se dio con mayor frecuencia en aquellos lugares y familias que económicamente pudieron permitirse disfrutar de su uso, en modo

alguno generalizado en todos los ambientes rurales, como ya fue apuntado.

Se utilizaron también mesas de tablero circular, en general rústicas y humildes, y se imitaron –una vez más– los veladores sustentados por un solo vástago central y tres pies, tan frecuentes en el moblaje culto del siglo XIX.

Muy característicos de la montaña salmantina –Béjar, Sierra de Francia, Norte de Cáceres– son los allí llamados “bufetes”, pesadas mesas de nogal, no grandes de tamaño, con gruesos tableros, dos cajones, y robustas patas recortadas en formas curvas.

LOS MUEBLES CONTENEDORES

Fue el **arca** o **arcón** mueble contenedor por excelencia hasta hace poco tiempo en el medio no urbano, y aún continúa en uso para tal fin en determinadas zonas geográficas aisladas, sobre todo la banda occidental que linda a Portugal y algunas comarcas de montaña. Podemos decir sin temor a equivocarnos que su interior albergó de todo: desde textiles e indumentaria –el armario de guardar ropa no se conoció–, hasta cereales o aperos de labranza, herramientas y alimentos.

Este mueble, conocido en España por todas las personas de cierta edad, consiste en un gran cajón prismático que se cierra con una tapa por la parte superior y que, en la mayoría de los casos, se levanta del suelo mediante patas, zapatas u otros soportes; de esta forma, se preserva su contenido frente a la acción indeseable de animales –gatos, rato-

nes, etc.—, también del agua o la suciedad, e incluso de personas, pues rara vez falta la cerradura en estos muebles; el cierre, que en ocasiones puede ser múltiple—dos, y a veces más cerraduras— solía decorarse en su parte visible (escudo), siguiendo modelos de la época en que el herrero hace la forja, o temas tradicionales específicos, cuando la comarca así acostumbra, o existe un hábil herrero que deja de esta forma constancia de su buen hacer; construyen también estos artesanos las bisagras alargadas que se acoplan en el interior de la tapa, las asas para su transporte y esquineras cuando existen, únicas piezas que el arca lleva de hierro.

Quedan aún algunos escasos ejemplares góticos, fechables a partir del siglo XIV, que tuvieron sobre todo acogida en nuestras iglesias, la mayor parte de los cuales procede de particulares donaciones piadosas; realizadas muchas veces en madera de encina, roble o nogal, se construyeron con un sencillo y duradero sistema de ensamble a *caja y espiga*; sus patas, anchas y planas, se conseguían por la simple prolongación de las maderas verticales que forman las esquinas. Algunas de ellas se diseñaron con cubiertas arquitectónicas o “de tejadillo” (las más primitivas) que facilitaban la evacuación del agua o el polvo, y recibieron tallas que las enriquecían en su frente y laterales con motivos y adornos inseparables de la arquitectura.

A partir de los siglos medievales, su forma apenas varía, salvo el hecho de que la cubierta será siempre plana; la elevación del suelo se soluciona con zapatas horizontales, pies torneados o faldón, ninguno de los cua-

les forma parte de la estructura del arca, como sucedía en las góticas, si no que se tratará de piezas añadidas. Su hechura sí cambia, sin embargo, pues las uniones de los tableros serán en la mayoría de los casos en forma de *colas de milano*.

Unos aspectos y otros, nos informarán en todo caso de épocas, procedencia, e incluso status económico de sus destinatarios.

Como ya fue dicho, material empleado (sea este el nogal, castaño, pino o fresno), decoración (si esta existe), y herrajes, nos llevarán a distintas épocas para su construcción, que siempre podremos precisar con bastante certeza en el mueble de calidad; si el arca es popular, caso que aquí demuestra nuestro interés, será necesario en muchos casos retrasar las fechas de su catalogación, puesto que seguirá modelos cultos, imitándolos. Si fuera contemporánea de estos, su decoración será tosca, o en caso contrario, ostentará en su parte frontal decoración tallada de temas específicos en el mundo popular, de gran interés en ciertas comarcas y tierras.

En todo caso, la variedad y riqueza de este mueble, tan genuinamente rural, será una constante, sobre todo a partir de los siglos XVI, XVII, XVIII y casi todo el XIX.

Así, con una estructura formal similar, podemos encontrar desde pequeñas arcas o arquetas, con su faldón o patas, hasta los enormes arcones para albergar cereales, de mayor altura que una persona.

La pieza reina, sin duda, fue el arca nupcial—no siempre de novia como erróneamente se afirma—, que solía enriquecerse con tallas

o pinturas; ya desde la Edad Media, se conservan algunos ejemplares de gran calidad, siempre de familias nobles y pudientes, caso que también se repite en las conocidas “arcas de novia” catalanas y levantinas, de los siglos XVI y XVII. Los motivos decorativos populares (geométricos o florales generalmente), tienen su más hermosa expresión en las arcas de la Sierra de Francia salmantina: estos ejemplares, contruidos en nogal o castaño, con elevadas patas recortadas que recuerdan a veces las de un cuadrúpedo, se tallan con los conocidos temas de los ramos florales, árboles, pájaros, leones, perros u otros animales del repertorio popular y característico en estos pueblos, a menudo pintados con diversos colores.

Mas liviano que el arca y de fácil transporte, el **baúl** no se dio con frecuencia en ambientes rurales, salvo los más acomodados y en épocas recientes, en que no tiene nada ya de popular, si no que, industrializado, se generaliza.

Hay, no obstante, algunos ejemplares cubiertos de telas o pieles –casi siempre de cabra y con su pelo–, e incluso adornados con clavos de hierro o bronce, que dibujan escudos, nombres y otros motivos, tratándose de ejemplares barrocos.

El **bargueño**, equivalente a otros modelos similares europeos, tiene sin embargo características que lo hicieron mueble netamente español. Si bien es obligado citarlo en este artículo, debemos decir que no se trata en absoluto de un mueble popular; sí en cambio tuvo su destino con una gran frecuencia en ambientes rurales acomodados, y no cabe duda que determinados ejemplares están a

caballo entre lo culto y noble, y lo claramente campesino, bien por su ejecución tosca y sencilla, o debido a la decoración que lo enriquece.

Tanto su origen, como la denominación con la que se reconoce son confusas; se escribe bargueño o vargueño, indistintamente; nosotros preferimos el primero de los nombres, con “b”, y creemos que es muy posible su relación con el pueblo toledano de Bargas.

Se trata de un mueble prismático, con puerta abatible en el frente, y numerosos cajoncillos o gavetas. Las aplicaciones de hierros dorados y su ornamentación muy variada, dan lugar a un mueble sin paralelo en el occidente europeo, y con una evolución a lo largo de los siglos, desde el XVI hasta el XVIII.

La decoración puede ser tallada y dorada, con policromías, de formas arquitectónicas (frontón, columnillas), o mediante incrustaciones de hueso y maderas diversas (taracea), ésta última claramente mudéjar. También lo enriquecen sobremanera la adición de elementos diversos forjados en hierro: gran cerradura frontal, esquineras y pasadores, asas laterales, plaquitas caladas sobrepuestas, etc.

El bargueño se colocaba siempre sobre otro mueble, que pudo ser simplemente una mesa con fiadores de hierro, o el llamado “pié de puente”; un tercer tipo de soporte, que en realidad forma parte del bargueño, aunque se trate de dos unidades, será el *taquillón* cerrado con puertas, sobre el que se coloca el primero; ambos tendrán la misma decoración.

Otro sistema muy diferente al anterior de guardar objetos, consistirá en disponer éstos sobre estantes o baldas en forma escalonada; los muebles que adoptan dicho sistema pueden ser abiertos –así **plateros** o **vasares**–, o también cerrados, con puertas y cajones, como las **alacenas**.

Los más simples de entre ellos, se construyen empotrados en la propia pared, siendo de madera los estantes, que se resuelven con tablas sencillas de igual longitud y anchura.

Muy frecuentes fueron en diversas zonas rurales los llamados, según las distintas comarcas o pueblos, *vasares*, *plateros* o *coperos*, en una clara alusión a la función que desempeñaron, que fue como en el caso de los empotrados, colocar sobre ellos la escasa vajilla de cada hogar. También sobre sus estantes, se ordenaron en aquellas zonas geográficamente más favorecidas de Castilla y León, y más pudientes, las hermosas cerámicas que para su ostentación se compraban en lejanas tierras –Manises en Valencia, Ribesalves en Castellón, Talavera o Puente del Arzobispo en Toledo–, en tan grandes cantidades que aún sigue produciendo en nosotros gran sorpresa su contemplación, y que se explica por el comercio con dichas tierras de productos que en La Meseta se producían, esencialmente el trigo y la lana.

La ejecución material de plateros y vasares, de gran sencillez técnica, se resuelve a dos tablas verticales, enlazadas con otras horizontales en número diverso, mediante pasadores también de madera, y asentados sobre zapatas que permitirán su estabilidad; en algunos casos, la parte trasera se cierra tam-

bién con tablas. Sin embargo, a pesar de tanta simpleza, encontramos múltiples variantes, tanto si atendemos a su forma, como a la decoración, que en estos muebles elementales se practicó con frecuencia. Existen ejemplares de clara tradición medieval, gótica, que en algún caso se continúan construyendo hasta el siglo XVIII, con “tejadillo”, cruz en su remate, y formas circulares en la parte superior de sendas tablas laterales o soportes; y así, con esta forma, encontramos aún ciertos muebles procedentes de zonas aisladas geográficamente y humildes, como la banda occidental de la Meseta que linda con Portugal. También de Zamora, más extendidos por su geografía provincial, proceden algunos plateros con remate en ángulo, a dos vertientes, y cruz central, que fueron decorados mediante recortes de formas curvas y sinuosas, en todas sus maderas.

Este recurso decorativo consistente en formas repetitivas, simétricas –la mayoría de las veces también geométricas–, se da, lógicamente en casi todas las áreas, no solo de Castilla y León, si no también en otras comarcas –Extremadura, Tras Os Montes en Portugal, Galicia, etc.–, pero siempre encontraremos que, sistemas constructivos y sobre todo preferencias en la decoración, identifican sus comarcas de procedencia.

Así, por ejemplo, la decoración de algunos plateros y vasares se identifica con los elementos que también ofrece la decoración popular salmantina tan peculiar y hermosa, en materiales tan dispares como el bordado o el hierro.

Finalmente, las **alacenas**, herederas formalmente de los armarios que desde la Edad Media se utilizan para guardar ropas y objetos litúrgicos en las iglesias y monasterios (nunca en la casa rural), formarán junto con arcas y escaños, el conjunto de muebles rústicos de mayor entidad.

Se utilizaron para albergar vajilla, algunos útiles domésticos y también alimentos; de ahí la rejilla para permitir su ventilación, que gran parte de estos muebles llevan, además de las puertas con bisagras de hierro, y uno o dos cajones. Su elevación del suelo se consigue, como en las arcas, por medio de patas (de sección cuadrada o torneadas), o bien zapatas horizontales.

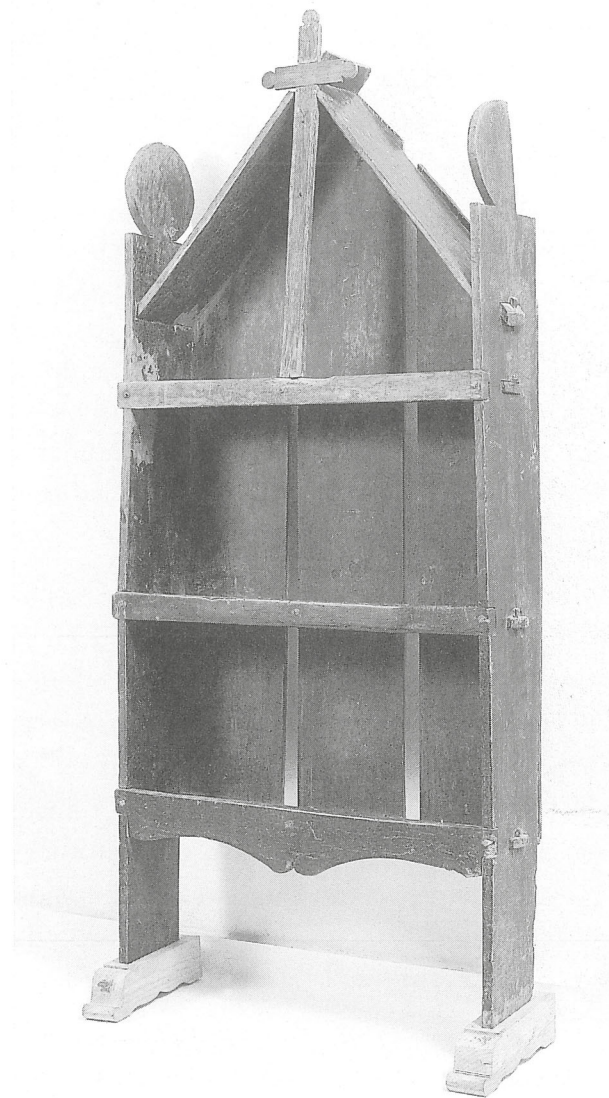
No fue infrecuente el uso de alacenas empotradas, tanto en una pared recta, como de esquina, manteniendo siempre las características ya descritas.

Tienen estos muebles una gran difusión en toda la Península Ibérica, y adoptan por ello diferentes formas y estilos, según las influencias que con el tiempo han ido recibiendo de otras culturas extrañas, de la tradición secular, o de su propio entorno; el uso de la rejilla, por ejemplo, confirma en algunos casos una clara aproximación al mundo mudéjar, con formas estrelladas e incluso lacerías; en otros, sin embargo, la ventilación interior se consigue mediante barrotes torneados o abalaustrados, e incluso el calado de sus puertas superiores por medio de formas recortadas y simétricas.

Fueron frecuentes, no obstante, las puertas totalmente opacas, que en este caso podrán

ser lisas o decoradas con las formas geométricas y rectilíneas que adoptan los cuarterones, tan utilizados a partir del siglo XVI hasta el XIX.

Como es lógico, este mueble, tan genuinamente popular, se presta en algunos casos a ser decorado con las técnicas y motivos más diversos, recibiendo tallas, pinturas y aditamentos –por ejemplo en su remate supe-



rior—, con motivos decorativos adoptados de lo culto o representativos de la región o comarca de la cual proceden, en este caso tradicionales.

Existieron en la provincia de Salamanca unos muebles, variantes de la alacena, que podríamos denominar más propiamente armarios, muy diferentes a la forma usual (que suele ser rectangular, estrecha y alta), con algunos ejemplares de notoria antigüedad, que se remontan al siglo XVI; sus puertas y cajones, siempre opacos, se distribuyen frontalmente de forma similar a las anteriores, pero adoptando un aspecto formal más cuadrangular, incluso de mayor anchura que altura; se trata de muebles muy robustos y de aspecto menos liviano, aunque de gran categoría, que nos llevan a un origen más lejano en el tiempo, a pesar de que fueran construídos hasta los siglos XVII y quizá XVIII. De entre los escasos ejemplares que hemos documentado, algunos se decoraron con hermosas tallas populares sobre buenas maderas, como sucedió a menudo en las comarcas charras.

Un modelo que podemos considerar evolución a partir del bargueño, consistirá en la adición a este de cuerpos por su parte inferior —a veces ya existe, el taquillón—, y superior, cerrados con puertecillas, que pueden ser de celosía —planas, torneadas, etc.—. El remate superior en ocasiones es arquitectónico. Probablemente, como resultado de la fusión de estos modelos, con el armario sencillo de dos puertas, surgiría la alacena en España.

Existe un sinnúmero de muebles mixtos —alacenas con estantes abiertos, o plateros

con dos puertecillas—, algunos de pequeño tamaño y que iban colgados de la pared, cumpliendo lógicamente funciones dispares; ciertos de entre estos, llevaban en su parte inferior un apoyo para los cántaros. De forma específica, la **cantarera** se destinó a soportar estos recipientes —generalmente dos o tres de ellos—; o bien los **cuchareros**, pequeños muebles de colgar, que sirvieron para colocar cubiertos sobre una o varias ranuras horizontales, frecuentemente decorados mediante recortes o tallas simétricas en los bordes, variando, una vez más, su hechura y forma según las regiones de procedencia.

Iban colgadas también de la pared las **esperteras** de madera que, con sus múltiples ganchos de hierro, permitían suspender los más diversos objetos o utensilios del hogar campesino; aunque su estructura fue muy elemental —una simple tabla a la que se clavan los ganchos de hierro, como en una percha—, fue a menudo soporte para la decoración popular en forma de tallas, incisiones o pinturas, con resultados estéticos que dependieron de la habilidad o posibilidades técnicas de quien lo ejecuta, tratando en todos los casos de hacer más grata la vida diaria.

Citaré, para terminar, otro pequeño mueble que también va suspendido en la pared, muy frecuente y con un uso específico: colocar sobre su superficie —a modo de *palomilla*— un vaso (generalmente con asa) para beber, y que en algunas provincias fue casi siempre decorado en mayor o menor medida, a veces profusamente.

Conscientemente se han relegado de este estudio diversos muebles, muy difundidos y utilizados en áreas campesinas, pero de origen seriado e industrial, como algunas sillas torneadas con asientos de anea, las camas (frecuentísimas en nuestros pueblos) de hierro fundido y dorado latón, las mesas *camillas*, y ciertos baules y cómodas, que entre el siglo XIX y los años sesenta del presente, invadieron desde las casas más ricas, a las más modestas, terminando en muchos casos con las antiguas tradiciones de construcción y elaboración artesanal, que se acaban olvidando.

EL MUEBLE INFANTIL

Por muy humilde que sea la casa rural y en cualquiera de las comarcas de Castilla y León, junto a los escasos muebles ya analizados —escaño, vasar, alacena o el arca—, no faltarán nunca aquellos destinados al cuidado del niño, como son la **cuna** o el **tacatá**.

La gran mayoría de las cunas tradicionales son de madera, predominando entre ellas en las comarcas más occidentales, las de lados verticales y forma baja, índices claros de primitivismo. Aunque no son muy abundantes los ejemplares hechos de cestería, no cabe duda que existieron en la antigüedad, y a ello alude muy claramente la denominación de brizo o brecio que recibe actualmente en algunas comarcas y alude a su origen: *ber-tium* = cesto de mimbre

Algún ejemplar existente podría relacionarse directamente con el antiguo tipo que Krüger llama cuna-dornajo, pues aunque

han sido realizados con tablas, son casi un pequeño tronco excavado, sin que exista en ellas nada de superfluo.

No faltan tampoco las cunas de paredes verticales y altas, que junto a otros ejemplares de cabecero elevado, nos acercan a épocas más recientes, ya que responden a un modelo evolucionado en el cual se imitan modelos del lecho tradicional urbano, a pesar de su ejecución, a menudo tosca y grosera.

Otros ejemplares en cambio presentan, bien costados inclinados, o mayor altura, sobre patas, e incluso materiales como el hierro, índices de modernidad.

Prácticamente todas las cunas tienen balancines, excepto algún ejemplar, como los citados que asemejan un tronco excavado y alguna otra realizada con tiras de madera que encajan en cabecero y pies formados estos por maderos curvos.

Es frecuente así mismo la decoración de las cunas: en unos casos consiste en simples remates a cada esquina, esféricos, o las más de las veces en doble tronco de pirámide, tallados a azuela; algunas de ellas se pintan de un solo color, o reciben policromías sencillas, de gusto popular, así como someras tallas geométricas y florales, en ocasiones caladas.

Si bien las paredes suelen ser cerradas, en muchos casos se formarán con palos torneados o balaustres, e incluso rejilla, siempre con la intención de embellecer lo mejor posible el mueble que protegerá los sueños del niño.

Por lo que se refiere a su terminología, en la mayor parte de las áreas geográficas estudiadas se continúa la tradición latina de cuna, aunque en algunas (por ejemplo Zamora occidental) está muy extendida la denominación *brizo* o *bricio*, a que ya hemos aludido, procedente de la raíz celta “berti” (probablemente cesta): así también se denomina en catalán “bres, bressol”, o en francés “berceau”.

Junto con las cunas, aparecen los más variados muebles para guardar al niño; en algún caso se tratará de un simple tronco vaciado de roble, con tablas en la base que se prolongan para evitar que vuelque. Se hicieron así

mismo de varas verticales enlazadas por un círculo superior y por su base, hechas sin duda por el propio padre o abuelo del pequeño. Otros mucho más elaborados, realizados por algún carpintero local, en ocasiones con asiento, e incluso con ruedas y partes móviles abatibles, para que se facilite la maniobra de colocar al niño y ajustarle el cerco a su cintura, lo más posible.

El *tacatá* recibe en las zonas más occidentales de Castilla y León otras denominaciones, como *corcho* (aludiendo claramente al material con el que fueron hechos muchos de ellos), *corro* en menor medida, y *botete* en la



Un Niño (su nombre Gavino) hijo de Sibbas
hallándose enfermo de peligro y desahuciado de los
(Vicenta Puellas) a el S^{mo}. Christo de las Battas.
y Recobró salud: en accion de gracias presenta esta memoria
Sucedio en el dia 5 de Abril de 1827

u. c. id
ec. on mesora
Santuarria

Tierra de Campos. Cuando tiene ruedas el ciertos lugares se llamará *carretón*.

Otro de los muebles que servía para que el niño aprendiera a dar los primeros pasos sin peligro de caídas, son las **andaderas**, que en una de sus variantes casi siempre se llaman *varas* en Zamora. Consisten estas en dos largos palos horizontales y paralelos, sostenidos en sus extremos por patas abiertas, más una plataforma que puede deslizarse sobre las varas en ambos sentidos.

Finalmente, existen las más diversas **sillas** infantiles, a veces con ruedas o balancines, y siempre de pequeño tamaño, como el tajo, ya citado, quizá el mueble más humilde y sencillo, que servía al niño no solamente para su descanso o apoyo, sentado en él por sus propios medios, si no incluso de elemental juguete.

BIBLIOGRAFÍA

FEDUCHI, Luis M. *Antología de la silla española*. Ed. Afrodisio Aguado S.A., Madrid, 1957.

FEDUCHI, Luis M. *El Mueble Español*. Ed. Polígrafa S.A. Barcelona, 1969.

LOZOYA, M. de, y CLARET RUBIRA, J. *Muebles de Estilo Español*. Ed. Gustavo Gili S.A. Barcelona, 1968.

LUCIE-SMITH, E. *Breve Historia del Mueble*. Ed. del Serbal. Barcelona, 1980.

PIÑEL, Carlos. *La Zamora que se va*. Colección de Etnografía Castellano-Leonesa de Caja España. Ed. Prensa Ibérica, Barcelona, 1993.

PIÑEL, Carlos. *El mundo infantil en la Zamora de principios de siglo*. Catálogo exposición. 1989-1990.

KLATT, Erich. *Die Konstruktion alter Möbel*. Ed. Julius Hoffmann, Stuttgart, 1961.

SCHMITZ, Hermann. *Historia del Mueble*. (Trad. José Ontañón). Ed. Gustavo Gili S.A. Barcelona, 1971.

■ *Marciano Sánchez* ■



las relaciones interpersonales en la vivienda

La casa es una zona nuclear dentro del área de actividad de un determinado grupo social. Hace posible la homogamia o apareamiento ordenado. Es celda de crianza y elemento altricial en el ciclo vital, cohesor en la deriva social y elemento de fijación en la deriva tradicional.

La solana y el serano se convierten también en núcleos de relaciones de contigüidad y comunicabilidad vecinal.

La casa es uno de los valores máximos de nuestra cultura tradicional, desgraciadamente en constante erosión. La falta de una mínima unidad de espacio que garantice la duplicidad espacial de contacto y de intimidad es causante en gran medida de crispación social y de ruptura relacional. El piso ya no es casa. Es una privatización del tradicional espacio doméstico que marca unas relaciones de vecindad de ascensor, de fugacidad y enquiste.

Marciano Sánchez

Profesor Titular de Historia Medieval de la Universidad de Salamanca, ha profesado abiertamente una defensa activa de la cultura de tradición oral, del patrimonio etnográfico.

Interesado por la iconología, ha publicado La vida popular a través del arte, Escenas del vivir cotidiano (Iconografía en la catedral de Salamanca). Su profundo conocimiento de la vida rural le lleva a elaborar interpretaciones como las que ofrece en sus libros Ser y mentalidad campesina y Del trato a los tratos.

Colabora habitualmente en revistas especializadas y participa en congresos y simposios.

El núcleo analítico, según el temario propuesto, es **la casa**. Pero ¿qué es la casa? Desde la perspectiva de la Antropología Social puede describirse así:

una zona nuclear dentro del área de actividad de un determinado grupo eusocial. Hace posible la homogamia o apareamiento ordenado es celda de crianza y elemento altricial en el ciclo vital, anclador en la deriva social y elemento de fijación en la deriva tradicional. A partir de ella se produce un núcleo de segregación en la unicolonía que da lugar a la familia

Por eso cuando los romanos establecen la conmutación u oposición binaria donde estaban señalando dos mundos diferentes, la sociedad doméstica y la sociedad política, que arranca de la primera y van copuladas. Porque a nadie se le oculta que la casa es la génesis de nuestra sociedad en un proceso elemental y lentísimo. De ella arranca la cadena social.

Conocido ya el concepto básico y centralizador en su doble vertiente óptica y dinámica, se abría ante mí un abanico inquisitivo: explicar lo desde la faceta generalizadora de la Antropología Social o bien descender a los aspectos etnohistóricos y etnográficos. Y he optado por esta última vía. En consecuencia, el presente estudio se inicia con una conceptualización complementaria, aunque elemental y de urgencia, que, seguida de unas breves notas metodológicas, desembocan en un preámbulo propedéutico para terminar por articularse en tres apartados para mí absolutamente básicos, susceptibles de ampliación:

1. Una aproximación al tema desde la Historia Social, Historia del Arte, las construcciones populares, la Lexicología y la Sociolingüística.

Y, luego, desde sus conclusiones provisionales, acometer un análisis de

2. Nuestra microsociedad hogareña

3. Nuestra circunstancia doméstica.

Pero no se hará desde la historia grandilocuente, sino desde la microhistoria. Por otra parte, la estructuración no se limita a la Historia sino que se abre a la Lexicología, que recoge y codifica el significado de nuestras palabras y expresiones; y de manera especial, a la Sociolingüística como un método y técnica de investigación. El objetivo, pues de este planteamiento es doble:

a) Ver la naturalidad social de la vivienda o casa, lugar de encuentro y de rearme social, polo de atracción y de socialización, functor comunitario y cohesor social.

b) Ver su evolución, no siempre positiva.

El mundo relacional doméstico es, pese a las apariencias, muy complejo, como se expresa en los primeros cuadros, convendrá, pues, de pasada hablar un poco de la génesis relacional. Está formado por múltiples ángulos, que se significan en otra gráfica, con la que se quiere indicar que la relación es abierta. Existe otro aspecto metodológico el de la mensurabilidad del fenómeno relacional. Para ello se han creado dos tipos de coeficientes: el **coeficiente de parentesco** y el **coeficiente de relación**. No es éste nuestro caso, pues no tratamos de mensu-

rar ni de “estadistificar” una población concreta sino de presentar una teoría holística.

Esta estructuración, motivada por la complejidad y por la proclividad del tema, se articula con apariencia de extraneidad y disonancia. Pero se trata de simple apariencia, porque entre todos los apartados hay sutiles conexiones. Más aún, son necesarios, si se quiere obviar un localismo fatal en toda investigación, el nefasto campanarismo, que suele derivar hacia una literatura inundada de tópicos y altisonancias.

CONCEPTUALIZACIÓN

Si hacemos caso a la terminología, **relación** no es sino poner en proceso de acercamiento un referente a una realidad referida; o en términos más sencillos, poner en contacto dos realidades potencialmente contactables. Y lo **interpersonal** significa flujo comunicativo de una persona a otra, de un núcleo asociativo a otro. Implica, pluralidad y luego

buen entendimiento. Lo **social**, en cambio, resulta más artificial, más organizado a través o a instancias de grupo o grupos de dominación, que han creado para ello mecanismos de socialización.

Por eso ha sido acertado por parte de los organizadores proponerme el término **relaciones interpersonales** en lugar de relaciones sociales. Intentan y yo con ellos, valorar la persona frente al neomecanicismo de esos investigadores de chips y micro chips, y frente a la moda actual de supervalorar y sobredimensionar las llamadas fuerzas sociales, la personalidad colectiva y otras vaguedades de impreciso o nulo alcance científico.

NOTAS PREAMBULARES

Antes de traspasar el dintel de la casa conviene dar un paseo por su entorno. Por eso he elegido el término «preambulares». Y ¿qué es lo que está antes? Dos cosas, el conjunto o aspecto global del caserío y la fisonomía del inmueble.

El aspecto global queda reflejado en un cuadro de un pintor actual. Cada casa tiene entidad propia, aunque se apiñen y se unan entre sí, formando una pirámide de amplia base. Es todo un símbolo: hermanar individualidad e independencia con unión y solidaridad. Las relaciones interdomésticas son indicador de las relaciones interpersonales. Son relaciones horizontales, no verticales; porque éstas implican sumisión, dependencia; mientras que aquellas subra-



yan la independencia, la individualidad dentro de la compenetración.

Es así mismo saludable el aislamiento que impone el necesario **Lebensraum** o espacio vital. Son raras las adosadas. Y éstas son las más modernas. Mantienen su labor valor social: cooperación, colaboración, yuxtaposición: “hombro con hombro”.

APROXIMACIÓN

Hechas las anteriores matizaciones hay que retomar el discurso y empezar por allegarse a la casa

DESDE LA LINGÜÍSTICA

En el idioma la casa está reflejada como trasunto de una sociedad, o al menos de la nuestra. Se identifican en su evolución. La Lexicología ofrece numerosos tipos en la nomenclatura de “casa”, coincidentes con todas las más destacadas situaciones vitales. Existe también una amplia gama de expresiones referenciales que generan un mundo interrelacional y en ocasiones se llega a la prosopopeya.

Varios son los vocablos para designar la realidad moratoria humana: casa, domicilio, vivienda, hogar, piso...

Casa es un término más genérico, pues sirve para designar cualquier morada de una persona o familia. Abarca mejor toda la realidad doméstica.

Domicilio es el tecnicismo usual para los documentos administrativos, identificatorios o acreditativos. Es, por ello, más jurídico.

Vivienda es la más popular y preferida en los medios rurales. No sólo expresa el lugar moratorio sino todo un conjunto.

Hogar en nuestra cultura, tiene resonancias cálidas, de intimidad familiar al amor de la lumbre, aunque no le falta el sentido técnico fiscal, “lugar en que viven juntas varias personas formando unidad doméstica en funciones, que pueden constituir una familia”.

Piso es de uso urbano y de la “propiedad horizontal”. Significa algo donde poner el pie en esas torres de paralelepípedos. Una degradación del espacio social que procura camuflarse con la acumulación de objetos chic, de electrodomésticos de último grito, de combis y de vitrocerámicas. Se pretende encubrir la degradación sustancial con la riqueza accidental.

También nuestra fraseología remarca bien los diferentes tipos de esas relaciones utilizando la palabra “casa”:

“**En ‘ca’ de**”, señala un cuasiuso compartido, relaciones de amistad y de trato que parecen naturales. Una especie de casa de todos, con las puertas siempre abiertas

La componente “**en casa**” es de amplio uso: estar..., entrar..., comer..., recibir...; también “**de casa**”: Ser, salir; por casa : andar por...

DESDE LA SOCIOLINGÜÍSTICA

El idioma español religa casa y casarse hasta el punto que la casa viene a ser connotativo del estado.

Y quiero también llamar la atención con respecto a la palabra fisonomía. Con ella estoy haciendo una prosopopeya, dándole a la casa la paridad persona.

Según Karl Marx: “El hombre es... no sólo un animal social, sino también un animal que únicamente puede convertirse en individuo si está dentro de la sociedad”¹

Y esa conversión tiene como base una estructura material donde el hombre encuentra, de una parte, su segunda matriz, y de otra su elemento propulsor. Esa realidad es la casa. Porque es en el grupo donde el hombre materializa su primer cobijo y refugio. Nace de él, en él gracias a él vive.



Desde esta aproximación se llega a la profundidad del fenómeno, que no es mera curiosidad, tipismo etnográfico, exotismo del pasado, rareza primitiva, indicador de atraso, un ruralismo más. Es, ante todo una realidad, quizás ya definitivamente perdida, un indicador potente de la solidaridad y de la convivencia.

Aquí tenemos ya el primer campo de relaciones: la casa, el domicilio, la vivienda, el piso no es un hongo, no es una cueva, antes forma un entramado de convivencias personales entre sus ocupantes o moradores. Las unas son externas, impuestas, fiscalizadoras, poco o nada espontáneas, como en el domicilio. En otros casos, como en la vivienda, la trama vivencial es muy amplia: se comparte con las personas e incluso con los animales en un plano prácticamente de igualdad.

Cuando se trate del piso, por el contrario, las relaciones son de fuga y refugio, de fugacidad e instantaneidad, de propiedad ficticia y de vecindad de ascensor o de escalera; de conflictividad perpetua, en suma.

DESDE LA HISTORIA

Originariamente la casa era espacio único, reminiscencia de los momentos intrauterinos, continuados en las épocas troglodíticas; cuando la cueva era el útero de la Dea Mater, convertido en lugar de la gestación social. como muestra la convivencia de hombres y animales, en una serie de prestaciones mutuas. Este ambiente propiciaba las veladas ... en torno al fuego. El modelo ha tenido una larga pervivencia que ha llegado hasta el presente en el fenómeno conocido como chabolismo.

El grupo necesita también del jolgorio y bullicio, para madurar, para ahuyentando los terrores, que terminan frecuentemente en celebraciones orgiásticas, sobre una inclinación natural, una disposición moral, que fue asumida mediante un ritual religioso de carácter místico.

Este imperativo biopsíquico exige unicidad espacial de coexistencia con otros imperativos y una múltiple funcionalidad con ineludible, que llegan a hacerse incompatibles y a postular sus propios espacios.

Se tiene entonces otra génesis relacional que va unida a la apropiación espacial y a la especificidad funcional. Son las relaciones

verticales parento/materno-filiales y viceversa, en las que se da una doble relación: de superioridad o de autoridad y de supervivencia: el padre y la madre tienen primacía sobre el hijo y a este derecho le corresponde la obligación de mantenerlo en su doble faceta de especialización ergónica: la madre en el **reino de la cocina** y el padre en el campo.

DESDE LAS CONSTRUCCIONES POPULARES
La construcción popular encuentra entonces un modelo doméstico adecuado. Tomemos un caso paradigmático que responde a toda una tradición cultural la mediterránea, el megaron, sala grande y única, no sólo en



las viviendas humildes. Lo característico era el fuego en el centro donde estaban los pucheros, potes y marmitas y en derredor la familia o los contertulios.

DESDE LA HISTORIA DEL ARTE

Los palacios de los “reyes” primitivos tenían este el salón del trono o la corte, situándose los consejeros en torno al fuego. Se generan así relaciones sociopolíticas en torno al hogar.

Más aún, el templo griego originario responde a la concepción antropofánica de los dioses: el megaron o sala grande.

Esto supone el hallazgo de un modelo constructivo adecuado para significar unas relaciones de cohabitación, expresión de unidad y de convivencia, de reuniones, de trato y de diálogo.

La tradición romana, inicialmente coincidente con otros pueblos primitivos, comenzó una ruptura y fue modelo de la evolución doméstica europea. Y será con la República y el florecimiento del esclavismo cuando se produzca esa ruptura con la tradición del espacio único, bien sea extendiéndose por la espacialidad horizontal o por la vertical. Paralelamente se abandona el sentido de familia, lazo de unión entre los antepasados y los descendientes, y se amplían las relaciones que se hacen sociales, vertidas hacia los extraños y basadas en vínculos de dependencia económica, social y aun política.. Exponente arquitectónico de este nuevo esquema relacional son los palacios urbanos y las villas rurales, que obedecen a dinámicas de “intimidatorias” y subyugadoras.

Los afanes renacentistas haciendo de la vivienda un coto cerrado. Y el derecho de propiedad va a tener la categoría de valor supremo. Esto será más característico del espíritu burgués.

NUESTRA MICROSOCIEDAD HOGAREÑA

Pretender abarcar su holística real y funcional en unas renuentes páginas o en unos fugaces minutos sería petulancia por mi parte. Nuestra mínima pequeña sociedad salmantina es, además de múltiple, peculiar.

“De puertas adentro”. Se acuña para indicar traspaso del umbral y la introducción en el hogar. Recibe un pasillo ensanchado, el portal, heredero y continuidad del viejo megaron. Y por ello hace funciones de vestíbulo, zaguán, recibidor. Es la zona de la sociabilidad.

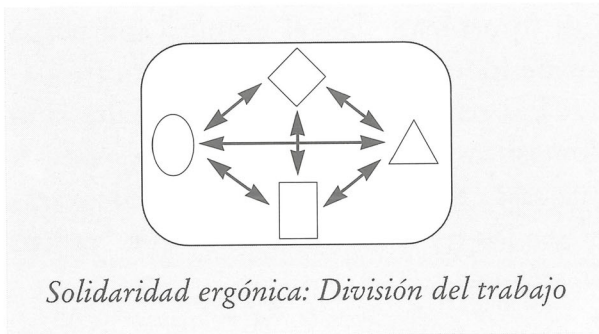
“Adelante con los faroles”. Es un giro que habla de introducción nocturna. Aquí es el segundo paso, hacia las relaciones más selectivas y cordiales. Y pone de manifiesto el mundo relacional tradicional: un mundo siempre abierto y sin remilgos.

“Hasta la cocina”. Señala el privilegio de entrada en la zona cardial de la casa, el ámbito relacional más complejo y completo: pequeñas tertulias, serenatas y veladas en torno al calvochero, al caldero, a las chokolatadas y a las pipas. La cocina significa el paso de la sociabilidad a la familiaridad.

“Al amor de la lumbre”. La lumbre era luz en sus orígenes. Y por eso se distingue el

focus > **hogar**. Simboliza más que fogón saber y fiesta. Era el núcleo familiar es el iluminador de la vida. Y por eso estaba en el centro. Núcleo relacional y el símbolo de relaciones de amistad, de la familia, de bienvenida. Era un foco de unidad, rota ya mediante una dispersión de un calor frío: no tiene llama, no tiene imaginación, no tiene calor sino solo clima. Y por la televisión, que da acogida a los extraños al núcleo familiar, verdaderas cuñas que lo abren lo abren y disgregan con la disnomia; lo triturar las unidades nucleares o nucléolos con el rodillo de la banalidad, de la sensiblería y del hedonismo. Por eso hoy la cocina no es ya sino un mueble más.

Es arranque de la distribución del trabajo. El siguiente gráfico quiere significar estas relaciones ergónicas hogareñas.



Mesa y cama. Es el núcleo funcional de la casa que marcan sus imperativos referenciales y expansivos.

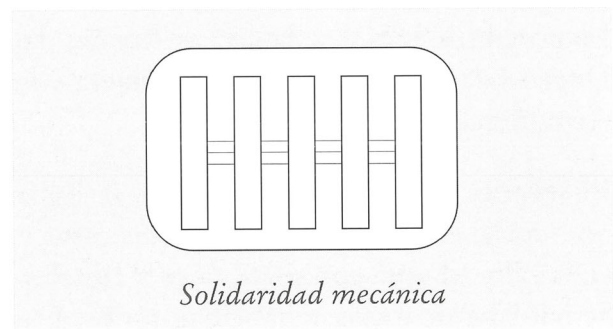
- La *mesa* de diario es el topos de máxima representatividad: degustación epular, la porresia simpósica, incluso el malévolo chismorre. “Sentar a la mesa”, “comer a la mesa”

es ingresar e integrarse en un mundo oicótico y oicúrgico y en una microsociedad de selección estabilizadora y a las veces direccional. Es indicador sociométrico de la estratigrafía social, que puede ser de nivel cero o de nivel numérico diferencial según parámetros sociométricos. Presidir la mesa no es signo de preeminencia sino de partir y repartir, función y símbolo subsistencial y biótico. Refuerza la autoridad paterna y las relaciones parentofiliales

- La *cama*, el segundo símbolo referencial, ubicada de forma cuasi-hipostática originariamente en la cocina bajo la mobiliariedad de escaños y escañetas. “Dar cama”, “ceder la cama”, son frases exponenciales de honorabilidad, familiaridad e intimismo. El bello ritual de “irse a la cama” rezuma imbricación humana.

La cama redonda. Era la cama era de todos y para todos, sin puestos ni lados reservados. Era, ante todo, confraternización, jolgorio juvenil, porque se reservaba para fiestas y celebraciones. Lo de menos era dormir.

San Antonio y Santa Rita. Son símbolos respectivamente de dos bloques relacionales: el noviazgo, con su declaración, pedida, pregones, enhorabuena ... y la amistad cua-



sicontractual: “Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita”.

Criados y ganaderos. El criado es referente de relación originariamente nutricia y doméstica. Pasa la época genésica la relación nutricia no importa; era mucho más significativo el trato más igualitario e incluso afectuoso, que no se dispensa al jornalero o simple asalariado. En el organigrama ergonómico la solidaridad mecánica.

Los ganaderos (pastores, vaqueros, caberos...), eran miembros ocasionales de la familia. Tradicionalmente destacan sus relaciones de carácter lúdico.

NUESTRA CIRCUNSTANCIA DOMÉSTICA

Al igual que no hay dos personas iguales tampoco existen dos sociedades iguales. Y la nuestra, nuestra pequeña sociedad salmantina es peculiar. Mejor, nuestras pequeñas sociedades salmantinas son peculiares, porque no cabe hablar de una sociedad homogénea para lo que se llama Provincia de Salamanca, que es una parcelación política, una realidad cartográfica y nada más. Porque hay muchas “Salamanca”: la del Llano y la de la Sierra, la de Las Arribes del Duero y la de la Frontera, la Ramajera y la Armuñesa.

El serano. En las noches estivales se hacía un corro en los portales de ciertas casas y en la calle adjunta con sillas, tajos y tajuelas. Se hablaba de todos y hablaban todos. Era

una especie de correo oral sin censura ni suscripción.

La solana. En las soleadas tardes primaverales u otoñales se reunía en un rincón protegido del viento una tertulia ergónica y parlan china. Al tiempo que se zurcían calcetas, se cosían botones, se “echaban remiendos” y se “cortaban trajes” se reforzaban los hábitos de convivencia y de vecindad. Incluso se instrumentaban como procesos de socialización.

Invitar y convidar. Son palabras en uso para las celebraciones y rituales. **Invitar** es introducir en la vida, parte de la cual es la casa. **Convidar** es convivir juntos en torno a una mesa y compartir unos mismos manjares. Era el término propio más propio de las bodas y celebraciones familiares.

Los forasteros. Era el término aplicado a los de fuera que eran huéspedes ocasionales. Las relaciones eran no personales sino domésticas, afectaban a los pertenecientes a una casa. Se recibían como huéspedes también a los recomendados, a los que “venían de parte de ...”

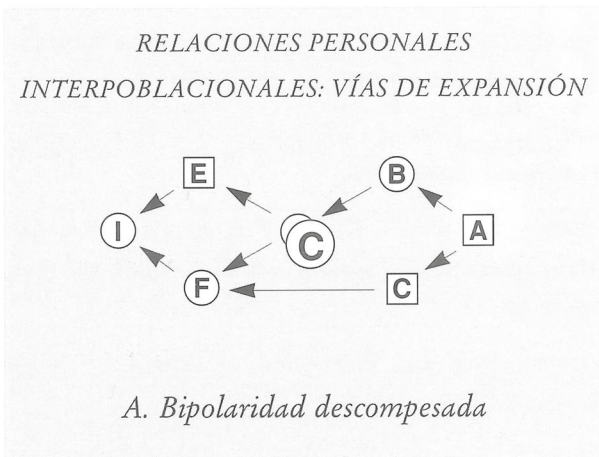
Parada y fonda. Pese a una rotulación que ha divulgado la comercialidad, la realidad era que había un casa donde “se paraba” cuando no había parientes ni amigos en un lugar, donde tampoco había fonda u hospedería.

Mendigos y recaderos. Existía una complementariedad. se le daba limosnas y se utilizaban como, mensajeros. Por eso había un

formulismo cuasi contractual en el que se reconocía las obligaciones para con ellos.

Las obras de misericordia. El mejor exponente de la solidaridad humana, crean campos de uerzas que cristalizan en relaciones de, al menos, agradecimiento, porque de todo buen nacido es propio ser agradecido, que consiste en devolver el favor en justa correspondencia. Pero suelen ir más lejos de forma que se da una trabazón de a mistad.

Casa y espacio social. Este un campo amplísimo.

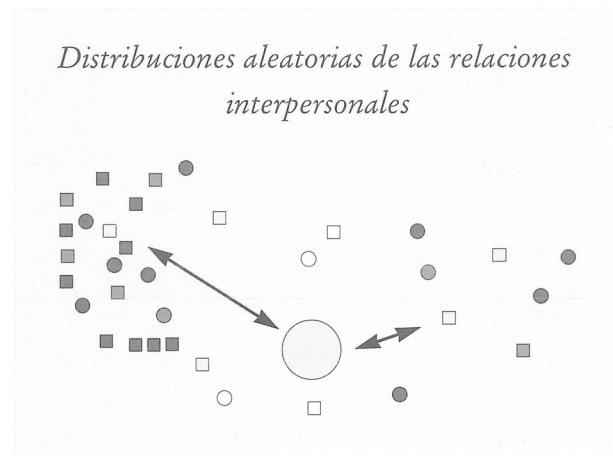
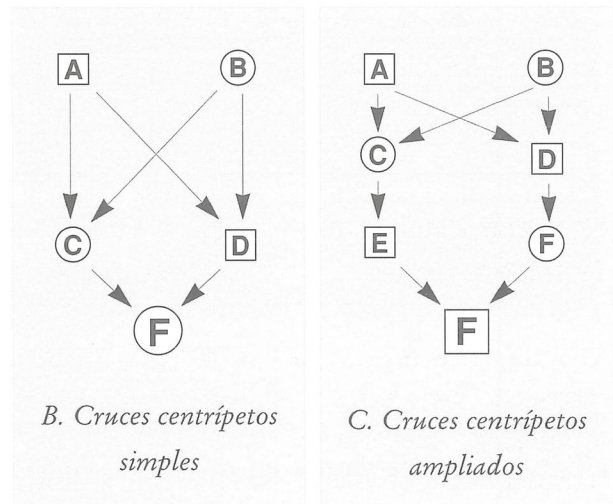


Relaciones lúdicas y roles sociales. La casa es lugar de encuentro y refuerzo de las pandillas que se reunían en ella para jugar jugar a las casitas Pero también es sucedáneo. Las mismas pandillas construían su guarida, su “casa” al margen del ssistema. Y también recuerda el sucedáneo el cocnocado juego de niñas de “jugar a las casitas”.

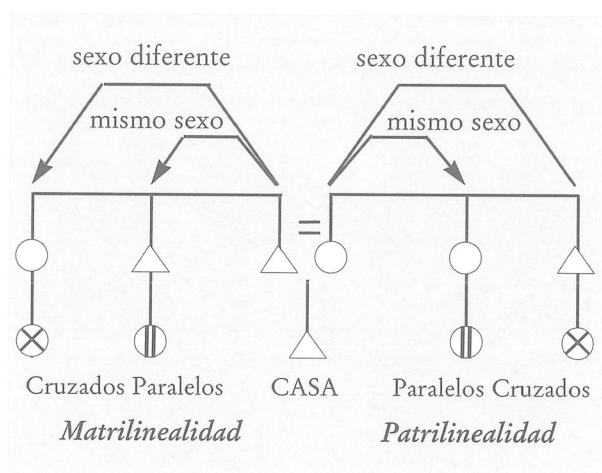
Casa y Lebensraum. El ser humano necesita un espacio mínimoo dodne realizarse, su

Lebensrum. Y lo encuentra en la casa, donde tiene de una parte la necesaria intimidad y de otra los no menos necesarios contacto y comunicación. Es también la unidad espacial mínima para una familia.

Casa y amistad. No sólo los moradores sino también la casa, como entidad abstracta genera vículos de amistad. Frases como “amigo de la casa”, “esta es su casa” son más que una simple metonimia o cortesía. La casa tiene un nombre, una entidad agru-



padora y representativa. De ella se irradia capatación por una doble línea: la matrilineal o patrilineal, que se desarrolla lo que ya estaba en la boda: “amigos del novio”, “amigos de la novia”. Esa tendencia va a continuar complicándose con los cruces por sexos, pese a su peligrosidad, como aparece en este gráfico.



Reflexión final. Se cierra esta panorámica relativa con reflexiones en torno a la metáfora expresada en los apartados **Casa y poder** y **Casa y dominio**, que suponen la instrumentalización política de las relacio-

nes interpersonales por parte de ciertas casas para acceder y mantenerse en el poder, y usar éste en su pro.

NOTAS

¹ MARX, K. The material forces and the relations of production, en T. Parsons et al., eds. *Theories of Society*. Vol. I New York: Free Press, 1961, p. 137.

BIBLIOGRAFÍA

BINDER, D. R. *A Refinement of the Concept of Household: Familie, Co-residence and Domestic Functions*, *American Anthropologist*, 69. 1967, pp. 493-504.

BOHANNAN, P. *Social Anthtopology*, N.Y. Holt, Rinehart and Winston, 1963, p. 86.

FERNÁNDEZ BAYO, I. *Domus. Ésta es tu casa, hombre. Museo interactivo del hombre en la Coruña*, MI, 174 1995, pp. 82-90.

OLIVIER, Paul (dir.) *Shelter and Society*. N.Y. Design Yearbook Limited, 1969.

PEARSON, T., et alii (eds.). *Theories of Society*, I-II. N. Y. Free Press, 1961.

■ *Mercedes Cano* ■



actividades en el ámbito de la casa

La vida diaria en torno a una casa comporta multitud de facetas. El trabajo con los animales, la huerta, la recogida de frutos o plantas silvestres se entremezclan con los trabajos domésticos o las actividades que relacionan la economía de la casa con el exterior por medio de los tratos.

Cada campo tiene sus protagonistas. Mujeres y hombres, jóvenes o maduros, se reparten los trabajos, complementados siempre por los más jóvenes y los mayores del mundo familiar.

Sin embargo, como edificio en sí, con sus dependencias, la casa constituye el ámbito doméstico, que siempre ha sido el principal lugar de reunión, por lo que no forma un espacio cerrado sobre sí mismo, sino un lugar de encuentro, cuyo centro habitual es la cocina.

Mercedes Cano

Doctora en Geografía e Historia, su actividad profesional en la enseñanza ha estado vinculada a la Universidad (Universidad Complutense de Madrid, Universidad de Santiago de Compostela y Universidad de Valladolid).

Procedente del campo de la Arqueología se ha decantado sin ambigüedades por la etnología. Alimentación tradicional en Castilla y León, Por caminos y quehaceres y Guía de la artesanía de Valladolid son algunas de las numerosas publicaciones que avalan su labor investigadora, centrada muy especialmente en el campo de las actividades artesanas de tipo tradicional.

Actualmente dirige el Aula de Folklore de la Universidad de Valladolid y es miembro del Consejo Asesor de Etnografía de la Junta de Castilla y León.

La casa, como unidad socio económica básica en casi toda la España tradicional, no se limita a un edificio, sino que se encuentra perfectamente identificada para los vecinos como un nombre, una familia extensa, con sus miembros y sus posesiones de bienes inmuebles y muebles. La vida diaria en torno a una casa comporta multitud de facetas. El trabajo con los animales, la huerta, la recogida de frutos o plantas silvestres, se entremezclan con las labores domésticas o las actividades que relacionan la economía de la casa con el exterior por medio de los tratos. Y cada campo tiene sus protagonistas. Mujeres y hombres jóvenes o maduros se reparten los trabajos, complementados siempre por los niños y los mayores. Pero como edificio en sí, con sus dependencias, la casa constituye el ámbito doméstico, que siempre ha sido el principal lugar de reunión, por lo que no forma un espacio cerrado sobre sí mismo, sino un lugar de encuentro, cuya misión principal es precisamente el desarrollo de la vida social y familiar y con el centro habitual en la cocina.

EL INVIERNO

Durante esta estación, el espacio doméstico se reduce y se acerca a la vivienda, agrupando las actividades en el interior, o al calor del sol en algún lugar cercano. El fuego es el protagonista, un protagonista inmortal que por la noche es extendido y arropado por las cenizas para mantenerlo vivo hasta el sople vivificador del siguiente amanecer. Es él quien calienta, quien seca los frutos recogidos a finales del pasado otoño, quien permite la lenta elaboración de las comidas de

puchero o de los turrone, o quien en sus ascuas asa el “cacho” de cerdo con que a menudo se alimentan las gentes de la casa. Junto a él transcurre todo. A lo largo del año no perderá su protagonismo, pero nunca volverá a ser como en invierno.

Una de las labores domésticas más importantes de este periodo, básica para la supervivencia del grupo familiar, es *la matanza*, ritual que comienza en el exterior de la casa para terminar generalmente en la cocina y en el sobrao. Es, también, uno de los momentos que mejor marcan la diferencia de papeles entre los distintos habitantes del ámbito doméstico, ya que cada uno suele estar acostumbrado a un tipo de trabajo, que es en el que más cómodo se encuentra. La muerte y destazado del cerdo suelen pertenecer a la esfera masculina. Pero la recogida y transformación de la sangre y la limpieza de las tripas, así como lo que requiere el paso por el fuego (salvo la limpieza), es del dominio exclusivo de las mujeres, siempre y cuando no estén con la regla; en ocasiones es incluso momento para que la novia, ya a las puertas del matrimonio, demuestre sus habilidades como ama de casa.



Hay, no obstante, faenas ambiguas, que ambos sexos realizan, como el reparto de aguardiente o dulces durante la matanza y la preparación de los embutidos. Y mientras tanto, los niños no van a la escuela. Ellos juegan, llevan y traen pequeños recados, preparan recipientes, transportan trozos ya destazados, gastan bromas, y son los primeros en probar el cerdo, con las “chitas” o pezuñas asadas, o las “castañas” (amígdalas).

Es también el invierno (y sobre todo ha sido en épocas pasadas), con sus largas horas de tinieblas, el momento ideal, una vez aviado –atendido– el ganado, para hacer

esas *pequeñas artesanías* que aportan a la casa bienes necesarios para su supervivencia. Es el momento del trabajo del lino o la lana, y de la talla de pequeños objetos de madera; o cuando los telares dejan sentir más a menudo su rítmico son.

El lugar habitual del espadado y el hilado, ha sido en casi toda la Península la cuadra, y ello sobre todo porque el estiércol impedía que los pies se enfriaran. A veces era suplida por un zaguán, más amplio y con escaleras para sentarse. Cerca de allí, en la cocina al amor del fuego alimentado por los restos del espadado del lino, las viejas generaciones



vigilaban el buen desarrollo de la labor mientras las mujeres tricotaban y los hombres trenzaban cuerdas, trabajaban la madera –haciendo ruecas, husos, castañuelas, horcas o jarras– o reparaban el calzado o algún viejo zurrón. A veces, en la habitación de al lado sonaba el rítmico son del telar, casi siempre manejado por un hombre. Y al caer la tarde, los mozos se acercaban y empezaban las bromas; y al final, el baile, siempre suelto y vigilado.

Este momento es también aprovechado por muchas gentes, sobre todo los hombres en zonas de sierra y montaña, para cortar las mimbres que después darán vida a cestos y serones o la madera (en el menguante de enero y febrero, y sobre todo, nunca en viernes).

También al amor de la lumbre, o en las reuniones y charlas llevadas a cabo en el exterior, hombres y mujeres se dedican a la *reparación de los útiles de trabajo* que les van a permitir sobrevivir a lo largo del año. Tierra adentro, son ellos los que arreglan los diente de los rastrillos, convierten una lata en sembradora o rebajan el borde de un plato de madera roto. A orillas del mar, en Cantabria, las artes de pesca son reparadas por toda la familia unida.

Y, al final de la estación, la primavera “se siente” en el aire. Es el momento de *preparar el próximo despertar del campo*. Todo el ámbito doméstico se revoluciona. La casa huele a actividad. Se sacan los aperos y se echa una nueva “cama” en las cuadras para retirar el viejo estiércol que cuidará de las próximas cosechas. Todos se afanan: unos en el campo; otros en la cuadra. Por los

caminos de los pueblos caminan las caballerías con los serones llenos del humeante abono mientras las puertas de las cuadras, abiertas, dejan ver la actividad de su interior.

LA PRIMAVERA

Siempre se ha cantado a la primavera. Con la subida de la savia comienza el despertar a la vida. Las ropas se ventilan para matar la polilla. Pero es también el momento del hambre en muchos lugares, donde ya no queda nada de la cosecha anterior y aún no ha llegado la nueva. Hay que lanzarse al campo para convertirse de nuevo en recolectores, y tratar de aportar nuevas vitaminas a la dieta. Si aún no se han sembrado los ajos, las patatas y las hortalizas, es el momento de hacerlo. Empieza el secado de plantas medicinales y el envasado de los productos frescos, que no terminará hasta bien entrado el otoño. Ahora el fuego cede parte de su protagonismo a la lluvia y al viento. Los enfriamientos hacen su aparición, sobre todo entre los más pequeños, que se han apresurado a quitarse ropa.



Las gentes del campo comienzan a mirar a su alrededor tratando de encontrar las mejores *púas* para *injertar*. Mujeres y niños se van a dedicar a la *recolección* de plantas. Solamente cuando la importancia económica alcanzada es grande, o al ir y venir del campo, se suman los hombres a la recogida. Espárragos trigueros y varias especies de setas dan sus primeros frutos. El cardillo, aún tierno, se añadirá al cocido con su aporte de vitaminas y de fibra. Se reponen las *hierbas medicinales* utilizadas durante el año, y se procede a su secado. A ellas se suman productos animales con un extraño resabio mágico, como camisas de culebra bastarda, alacranes, o *nidos* de mantis religiosa, recogidos en este caso más a menudo por los hombres en su ir y venir diario por el campo.

En cuanto a las proteínas animales, de abril a mayo, son los mejores meses para los caracoles, recolectados casi siempre por los niños tras la lluvia. O se colocan las *arañas* y trampas para cangrejos en los ríos, acequias y regatos y se cazan pequeños pajarillos para aumentar algo la diaria comida.

Es ésta, igualmente, la estación en que hay que arreglar la hurta para evitar el crecimiento de las *malas* hierbas y conseguir una buena producción. *Dirigido* casi siempre por los hombres todo el grupo doméstico prepara y abona la tierra y comienza la preparación de algunos semilleros para transplantar después. Sólo en los momentos de mayor trabajo en el exterior, serán sobre todo los mayores y las mujeres quienes se hagan cargo de la huerta.

EL VERANO

Con la explosión de la luz y la victoria del sol, comienza el verano oficial, marcado por la noche más mágica del año, la de San Juan. Ahora el protagonismo pasa a ocuparlo la calle con el trabajo en el exterior y las reuniones nocturnas al finalizar la jornada. Y en los pocos momentos libres, la *limpieza anual*.

Hay que preparar las casas para este momento y para la fiesta patronal. Se espera la llegada de los nietos a finales de junio y de los hijos en agosto. Son de nuevo las mujeres quienes se van a ocupar de esta limpieza, auxiliadas por los niños que irán a hacer pequeños recados. Los hombres están fuera, en el campo, y los ancianos sentados a la fresca. Y a la hora de la siesta, todo se detendrá hasta que se levanta la madre para “trajinar”, siendo seguida al poco tiempo por toda la familia.

En este momento, si el padre no tiene que salir al campo, irá a ocuparse de la *reparación y adecuación de las construcciones auxiliares* o de los pequeños trabajos de albañilería, de cara a la recepción de la cosecha o al nuevo otoño.

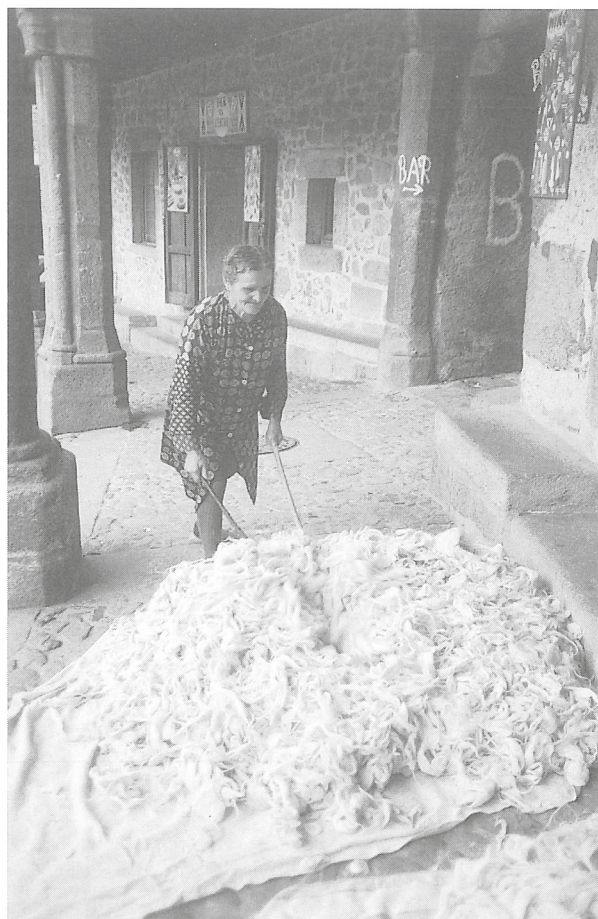
Con el verano llega también el momento de *rehacer los viejos colchones* de borra o de lana. En el patio, la calle o el zaguán, las mujeres abren la tela, sacan la lana y la preparan. Quizás venga un colchonero para continuar el proceso, pero normalmente serán ellas mismas las que la vareen, vuelvan a embutirla y cosan con largas agujas cerran-

do y sujetando el relleno. Y si la lana está muy vieja, la cambian por nueva y tratan de aprovechar la desechada para otros usos.

Mientras tanto, parte de nuestra tierra se lanza al campo para *segar la hierba* y otra parte, poco después, a *cosechar el cereal* . La “España húmeda” se convierte en un país de pueblos fantasmas. Las calles están vacías. Quizás una anciana sentada en las escaleras de la casa, o alimentando a los polluelos, o algún hombre mayor mirando las colmenas. Por todas partes se oye el rasgueo de la guadaña y se huele el frescor de la hierba recién cortada. Sólo por las noches, con la falta de luz, la vuelta al hogar marcará un apresurado retorno a los quehaceres diarios; la mujer “aviará” la cena y la comida del día siguiente o hará rápidamente las camas, mientras los hombres “pican el dalle”, llenando de sonidos metálicos el aire. Los niños irán a buscar los huevos y a dar la comida a los animales. Y cuando la hierba ya está cortada, y se le ha dado la vuelta para secarla, toda la familia continua trabajando en el acarreo para poner a resguardo el precioso heno que asegurará la supervivencia durante el invierno de los animales en la cuadra.

La otra España, la “España seca”, mientras tanto aún no ha comenzado la cosecha. Pero pronto empezará. De sur a norte de nuestro país las gentes han de afanarse. Llegan los trabajadores temporeros para colaborar y pasarán a formar parte durante algún tiempo del grupo doméstico. Todos han de aunar esfuerzos. Los hombres dirigen el trabajo del campo y contratan a los temporeros. Las mujeres a veces participan en las faenas agrarias, pero sobre todo sufre una

fuerte intensificación su trabajo en la casa. Han de preparar la comida para llevar al campo, y a veces acudir ellas mismas. Si contratan jornaleros, son ellas las encargadas de su manutención, a veces ayudadas por alguna mujer. Si es el grupo doméstico habitual el encargado de las labores agrícolas, se trata de una obligación más añadida a las de todos los días. Y los niños ayudan sobre todo en la trilla. Después, todos aventarán, todos gavillarán y entre todos cargarán y acarrearán el producto de sus sudores. Y al atardecer, después de finalizadas las tareas, de nuevo la charla a la fresca en la calle, o los juegos infantiles.



EL OTOÑO

Ahora son la luz y los tonos rojizos los que marcan el cambio en el ritmo del trabajo. Está llegando a su fin la recolección. Mientras, hemos de recoger nueces y castañas y podar los árboles antes de que lleguen los hielos. La calle cobra un nuevo protagonismo. La casa, de noche, se muestra acogedora reuniendo a la familia al lado del fuego en el momento en que las noches comienzan de nuevo a ser frías. Si la primavera era la estación del revivir, ésta es la del dormir. Los árboles y arbustos dan sus últimos frutos y se despojan de sus hojas, preparándose para el frío. Los animales frenan su actividad. Incluso los vivos han elegido este

momento para recordar a sus muertos, justo al final de la recolección, cuando ya están los frutos en el desván, las conservas en los estantes, el grano en los graneros, y la matanza aún no puede comenzar por exceso de humedad, falta de frío y presencia de algunas moscas.

Es el momento de la *recolección de frutos silvestres y de hongos y setas*; el bosque y los pinares nos otorgan sus riquezas. En septiembre, las zarzamoras, a finales del mes y en octubre hongos y setas y en noviembre los madroños son solamente algunas muestras de lo que ofrece la naturaleza a quienes saben buscarlo. Toda la familia aporta a diario de sus paseos algo nuevo para variar el menú.



Pero es también la hora de la *recogida de las últimas frutas* y hay que envolver las manzanas o ciruelas una a una en papel o en paja y colocarlas en el desván; o colgar las uvas para convertirlas en pasas. Son labores que se hacen entre todos, cuando la familia se reúne por la noche en torno a la lumbre.

Y durante el día, las calles se llenan de mantas extendidas con *legumbres*, y con el sonido de las cribas en las que se limpian o de los cubos en que se vierten. Hombres y mujeres desgranar, extienden, aventan o guardan. Y mientras tanto, se charla, porque es trabajo que congrega vecinos y que permite la conversación y la distensión. Finaliza el otoño con la *recogida, secado y limpieza de frutos secos*, como nueces y castañas. Hombres y mujeres, jóvenes maduros o ancianos, se sientan al lado del fuego o en los asientos de la calle con un cuchillo para quitar la cáscara a las nueces y las *manos negras*, quemadas por la nogalina. Después, el fruto se extenderá en mantas en lugares aireados, al sol, para secarlo. Y al mismo tiempo, dentro de casa, colocan las castañas en el sequero para que se les vaya la humedad conservando su valor nutritivo para alimento de personas y ganado, o las introducen en arena en el lugar más fresco de la casa. Mientras tanto, van a formar parte de las comidas del día de difuntos, con el *calvoche*, lentamente asadas a la lumbre. O se unirán nueces e higos secos en Nochevieja en un *casorio*.

También ahora se producen más excedentes de leche, destetadas ya la mayoría de las

crías, lo que se aprovecha para la elaboración de los *productos lácteos*. Algunos, como la mantequilla o los quesos, no tienen distinción de género en su proceso. Otros –quesadas, sobaos, flanes– son cosa de mujeres.

TRABAJOS DE TODO EL AÑO

Pero en el ámbito doméstico, aunque el ritmo lo imprime la rueda del año, no todos los trabajos varían a lo largo del mismo. Algunos se realizan todos los días, mientras que otros han de llevarse a cabo en el momento en que se necesiten, como la *recogida de combustible*. Cuando es una “recolección”, está siempre en manos de los sectores menos ocupados de la casa, es decir, de los niños y ancianos. Así, en las Hurdes, con muy poco ramaje para quemar, han sido durante mucho tiempo los niños quienes buscaban el estiércol por las calles y el monte, formando tortas que después secaban y que ardían con poca llama y permitían cocer al fuego los alimentos. En Tierra de Pinares son los ancianos en sus paseos –y antes también los niños a la vuelta de la escuela o cuando cuidaban el ganado– los que traen siempre alguna piña o un pequeño haz de ramas, que van acumulando para utilizar en invierno. Si se trata de paja, sin embargo, es transportada por los acarreadores como una labor más, fundamental para el diario vivir de la casa.

Si se trata de cortar y preparar grandes lotes de madera (el “quiñón”, la “suerte”, que se hace a finales de otoño y comienzos

de invierno) suelen ser los adultos, generalmente los hombres, los protagonistas, aunque en su labor sean socorridos por toda la familia y por los vecinos.

Otro trabajo que no conoce estaciones, es el *cuidado de los animales*, aunque, por supuesto, a lo largo del año varía el tipo de ocupación, pero ningún día está libre de la atención que exigen. Si hay que llevarlos y traerlos al campo, suele ser labor infantil, mientras que el desplazamiento estacional a veces lo hace toda la familia –pasiegos–, a veces solamente el padre –trashumancia de ovejas en Soria o La Rioja–, o algunos miembros del grupo familiar, generalmente los más jóvenes –brañas–. Así, los animales forman parte del ritmo de vida familiar, ocupando espacios desde el interior de la casa –el gato– hasta las cuadras, pasando por el patio, gallinero y cochineras, o marcando incluso el papel de quienes ocupan el espacio doméstico en distintos momentos y de quienes han de alejarse de él.

Otro quehacer casi diario, aunque con momentos más intensos, es el trabajo de *la huerta*, sobre todo de la cercana a casa. A ella se recurre para coger la cebolla que se necesita en el momento, pero también para tirar los pocos restos de la comida no aprovechados por los animales para abonarla. En el rincón más resguardado se plantan las hortalizas de invierno, y hay que preparar el riego en verano. Es un tipo de aprovechamiento casi intensivo, con distintos momentos en su desarrollo y que no ocupa demasiado tiempo

Y entre *las gentes de la mar* hay otra medida del trabajo. El mar tiene sus propios momentos de máximo trajín, y de acuerdo con ellos rige las vidas de quienes de él dependen. Será desde julio hasta febrero cuando las mujeres e hijos de los marineros tengan que trabajar más duro. Pero, generalmente, la casa marinera está siempre abierta al exterior, y prácticamente toda la vida se va a desarrollar de puertas afuera.

Entre las que realizan mujeres y niñas están las *labores domésticas*, que cuentan con el concurso ocasional de los hijos menores para pequeños recados, y que con mayor o menor intensidad tienen que hacerse a diario. O la elaboración de *confituras y conservas*, que varían con las estaciones pero que empiezan con la recolección primaveral y no finalizan hasta la recogida de las últimas frutas otoñales. Otra tarea diaria, que en ocasiones había que repetir mañana y tarde, era el *ir por agua* potable a la fuente o al río, y el sacarla del pozo de casa para la limpieza. O la *elaboración del jabón*, proceso que pueden realizar las mujeres en cualquier momento del año y del que quedan excluidos los niños pequeños por su peligrosidad, por lo que la ayudante suele ser una hija joven, una criada o alguna vecina.

En el mundo masculino, por su parte, y como complemento a este femenino del que acabamos de hablar, se encuentran durante todo el año las *relaciones con “el exterior”*. Son los tratos con el mundo ajeno al ámbito doméstico o al pueblo, es decir, al círculo conocido, y que solía ser esfera masculina, porque se consideraba que los hombres “conocían más mundo”, ya que, por lo menos, habían salido a hacer el servicio



militar. Hay lugares, sin embargo, en los que esta esfera está también ocupada, al menos en parte, por las mujeres, como las vendedoras pasiegas que caminaban kilómetros con el cuévano a la espalda para vender sus productos, o las pescadoras que iban al mercado. Pero habitualmente el que salía era el hombre, y por tanto el que estaba menos en el hogar. En muchos lugares –Maragatería– esto implicaba una mayor autonomía de las mujeres a la hora de tomar decisiones. En otros –Cataluña– el lugar no quedaba vacío, pues era el abuelo quien seguía ocupándose de todo.

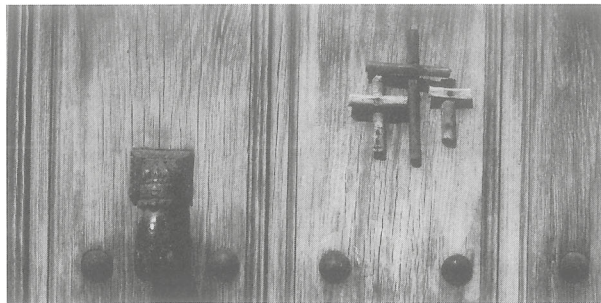
Y, finalmente, el *cuidado de ancianos, enfermos o parturientas*, y el *amortajamiento*,

que, como es natural, podían presentarse en cualquier momento. Es ahora cuando hay que aplicar las plantas recogidas y secadas en la primavera y que esperan en la alacena o colgadas de las vigas, o las camisas de culebra bastarda o los escorpiones colocados en frascos con aceite en verano. Son remedios casi siempre conocidos, transmitidos y aplicados por mujeres, aunque en algunos lugares de la Península este campo pertenece también a los hombres.

El nacimiento en la casa es también parte fundamental de la vida doméstica. Hasta hace muy pocos años, todos los niños han nacido en ella. Lo que variaba era la forma de hacerlo, según las regiones, aunque en este campo las protagonistas siempre han sido las mujeres, tanto las parturientas como las parteras o vecinas, quedando excluidos el resto de los colectivos familiares del acontecimiento hasta el final del alumbramiento.

Y en la muerte, quizás porque también fueron unas manos femeninas las que ayudaron a nacer, suelen ser las mujeres las encargadas de los últimos cuidados. Vecinas o personas con una práctica habitual son requeridas para amortajar, mientras los hombres –como en el parto– esperan fuera. Pero el último camino, al lugar donde el cuerpo habrá de reposar por última vez –al igual que ocurrió en el bautizo–, será todo el grupo doméstico (familia y vecinos) el que acompañe, quizás con la excepción en algunas comarcas de la viuda y de algunas vecinas que se quedarán ayudando a la preparación del ágape final.

▪ *Juan Francisco Blanco* ▪



la espiritualidad popular asociada a la vivienda

La vivienda concebida como un espacio protector del ser humano, dispone de una capacidad defensiva que puede y debe ser reforzada por diversos medios, tanto en el exterior como en el interior de la misma.

Magia y religión establecen una alianza en la mentalidad tradicional hasta configurar la auténtica personalidad de lo que llamamos espiritualidad popular, que suele ir asociada a las cosas de la casa (mobiliario y enseres), a las distintas dependencias que la configuran y a los seres que la habitan, tanto los inmateriales como los materiales (la salud en personas y animales es una preocupación principal generadora de hechos folklóricos de carácter religioso y mágico); también la espiritualidad tiene una proyección en las actividades domésticas.

Juan Francisco Blanco

Vinculado al Centro de Cultura Tradicional de la Diputación Provincial de Salamanca desde 1980, año en que se puso en marcha el Seminario de Folklore y Cultura Tradicional, su actividad profesional se divide entre la docencia y la investigación, especializándose en el campo de lo inmaterial dentro de la etnografía: espiritualidad, simbolismo, mentalidades, etc.

Como docente, colabora impartiendo esporádicamente cursos de perfil antropológico para la Universidad de Salamanca (Cursos Internacionales) así como conferencias y cursos para otras instituciones y Universidades.

Como investigador ha desarrollado proyectos individuales y de equipo. Algunas de sus principales publicaciones son Prácticas y creencias supersticiosas en la provincia de Salamanca, La España pintoresca del siglo XIX y Brujería y otros oficios populares de la magia.

Este fin de milenio que acabaremos aborreciendo del mismo modo que se detesta aquello que empacha hasta provocar un *torzón*, está haciendo renacer hábitos aparentemente desterrados. En una sociedad que finge ateísmo y presume de un grado de formación, en el cual resulta inadmisibile la superstición, cada vez son más multitudinarias las manifestaciones de religiosidad popular (procesiones de Semana Santa, romerías, besapiés de imágenes milagrosas...) y de día en día vemos los medios de comunicación superpoblarse de una publicidad hecha a la medida de charlatanes que pregonan su mercancía de prodigios a todos los naufragos de ese mar de dudas que es la existencia humana.

Resulta difícil y al mismo tiempo tentador arriesgarse a afirmar que todo es fruto de la crisis espiritual del tiempo que vivimos, aunque lo cierto es que si nos miramos en el espejo del pasado, observamos –salvando las diferencias del ¿progreso?– algunos aspectos comunes con el final del primer milenio de nuestra era.

DUDA Y ESPIRITUALIDAD

Héctor Murena afirma que “cualquier humano llega en determinado momento a la zona en la que no hay respuestas”¹. Pues seguramente es en esa zona donde anida la duda, acaso uno de los generadores principales de la espiritualidad. Cuanto más inseguro y dubitativo interiormente se encuentra el ser humano, tanto mayor es la propensión que muestra a refugiarse en una espiritualidad abigarrada y poliédrica.

Hablar de espiritualidad popular es referirnos a un conjunto de recursos –entre los cuales hemos de aceptar la convivencia y la complicidad armónica de lo religioso y lo mágico, imbricados con la misma interdependencia que las tablas de los hostigos serranos– que emplea el individuo para satisfacer sus dudas, para dar respuesta a preguntas que de otro modo quedarían en el aire. Esta interrelación entre duda y espiritualidad nos conduce a establecer la siguiente secuencia: carencia > creencia.

Bien es verdad que resultaría excesivamente reduccionista aceptar ésta como la única clave interpretativa de la espiritualidad



popular. No obstante, tomaremos como punto de arranque la duda, las múltiples dudas que almacena el individuo de la sociedad tradicional e intenta resolver por medio de la espiritualidad.

Todas esas dudas van desde lo existencial (no olvidemos que la muerte es, si no el mayor sí uno de los más grandes trasuntos de la religión y a remolque suyo anda la enfermedad) hasta lo más telúrico (la preocupación por la meteorología y su caprichoso comportamiento, por ejemplo).

LA REPRESIÓN DE LO IRRACIONAL

La duda también se hermana con la irracionalidad, y desde este punto de vista la espiritualidad se convierte en un instrumento de represión –entendida como contención– de lo irracional. La vivienda será testigo mudo del aprendizaje del individuo en el empleo de dos armas de represión fundamentales: el mito y la sacralización de lo irracional.

El **mito** es en todas las culturas una lente de aproximación y un filtro purificador del hecho irracional, un “relato que legitima tal o cual fe religiosa”². La comprensión de determinados accidentes geográficos o fenómenos geológicos, por ejemplo, disponen de este recurso paracientífico para ser desenmascarados en su compleja génesis ante la mente del *hombre tradicional*.

En Aldearrubia, por ejemplo, el teso denominado *Torrubio* dispone de un mito que da cuenta de su origen: una hechicera mora que iba todos los días sacudiendo la tierra de su zapatilla o calceta en cierto lugar, donde hoy, después de una considerable acumula-

ción, se ha formado este Teso³. En Villar de la Yegua se cristianiza el mito; la peña de la *China* se atribuye a la Virgen María, que andando por el cielo, notó una molestia en un pie. Se descalzó y descubrió la causa en una piedrecita. Aquel escrúpulo mariano es la Peña que se alza en el término municipal⁴. Estamos ante el empleo del mundo espiritual, hecho mito, para dar respuestas.

A la vera del mito, existe una segunda arma represiva de lo irracional: la **hierofanía** –empleo el término que utiliza Mircea Eliade para referirse a la manifestación de la divinidad–. La sociedad tradicional elabora una metamorfosis, construye una metáfora sacra para cargar de razón la sinrazón de ciertos hechos vivenciales. La cultura de tipo tradicional justifica, a veces, por la vía de lo divino, aquello que no logra interpretar de otro modo. Se diviniza, por ejemplo, la esterilidad en el matrimonio, reinterpreta una cuestión puramente fisiológica a los ojos del hombre actual, como un castigo infligido por Dios a la mujer⁵. Por consiguiente, se percibe el problema en una dimensión diferente a la meramente física y de ahí se deriva un repertorio de fórmulas para combatir esa desgracia, casi todas de carácter mágico-supersticioso.

LA PROTECCIÓN

COMO ELUSIÓN DE LA DUDA

Una de las formas de combatir la duda es propiciar en el individuo un sentimiento de seguridad ante el mundo circundante. Esa seguridad se encauza a través de una espiritualidad que instrumentaliza recursos de diversa índole de la tradición oral⁶, todos ellos de uso esencialmente doméstico:

Objetos: La atribución de propiedades talismánicas a ciertos objetos, permite la existencia de amuletos y talismanes. Entre los primeros, encontraremos en el ámbito de la casa objetos de significado religioso: cruces –en distintas formas y soportes, incluyendo el gestual–, medallas, estampas, escapularios, detentes, ramos y velas benditas, reliquias incluso... También se utilizan objetos de tipo mágico–supersticioso: higas, medias lunas –en hierro para las bocallaves de la puertas o en plata para colgárselas al niño–, cuernos, garras de animales salvajes –*pezuña de la gran bestia*–, piedras del rayo, peces articulados, herraduras...

Palabras: La propiedad profiláctica es también atribuida por la mentalidad tradicional a la palabra hablada y escrita: oraciones, ensalmos y conjuros, los evangelios⁷, la regla de S. Benito⁸, las *dóminas* o *nóminas*⁹, etc.

Sonidos: La campana ejerce una protección acústica contra el nublado sobre todo el término municipal; el sonido del sonajero o campanilla de plata defiende al niño de las brujas.

Olores: Determinados aromas (asociados a la protección por una mentalidad que contempla mecanismos de magia mimética y antitética), ejercen una función disuasoria sobre el mal: la ruda, el ajo, ciertos sahumerios¹⁰ y el tomillo recogido de la calle, tras la procesión del Corpus Christi, entre otros.

Ritos: La complejidad del rito requiere siempre de la intervención de uno o varios de los sistemas anteriores, aderezados de

gestos o signos simbólicos, de tabúes y de un desarrollo más o menos complejo.

Todos estos recursos tradicionales de protección tienen en la vivienda un espacio principal de aplicación práctica. Sin embargo, el sentido protector va asociado también a otros espacios.

LA ESTRATEGIA

DE LOS ESPACIOS CONCÉNTRICOS

La obsesión por sentirse protegido hace que la sociedad tradicional conciba la protección como una *muñeca rusa*¹¹, desarrollando una estrategia defensiva muy similar a la arquitectura militar con sus fosos y murallas, que intentan disuadir al agresor. La sociedad tradicional construye esencialmente tres espacios protectores concéntricos, eleva tres muros de contención del mal.

- Núcleo de población. El perímetro mayor de los tres es el que traza el término municipal; dentro de él se construirán los otros dos espacios protectores. La cultura tradicional transforma este primero en espacio protegido, al sacralizarlo por medio de sonidos; el toque de *tente nublo* en las cam-



panas de la iglesia deshace los nublados o los aleja del término municipal. De igual modo, ciertos especialistas¹² practicaban por encargo un conjuro espacial –afectaba al término municipal– que movía los nublados y las plagas según su voluntad y capricho. En este caso, es el **grupo social** el beneficiario directo de la protección, según la creencia popular.

- La casa. El segundo espacio concéntrico lo forma la casa –vivienda y dependencias auxiliares–, siendo la familia –el grupo **familiar**– la receptora del efecto profiláctico.
- El individuo. El tercer y último espacio es la **persona**, que se convertirá a sí misma en baluarte definitivo contra el mal.

LA CASA: ESPACIO PROTEGIDO Y PROTECTOR

La casa, desde la mentalidad popular es conceptualizada como un claustro materno, al cual –a diferencia del útero femenino– el individuo puede regresar para sentirse a salvo¹³. Casa –y familia– son también elementos nucleares para la comprensión de la socie-



dad tradicional, sus modos de vida y la mentalidad que los sustenta y, por supuesto, la espiritualidad que se manifiesta intensísimamente dentro de sus muros.

La espiritualidad –muy principalmente la que se aplica a la protección– puede ser contemplada desde tres puntos de vista, en lo referente al espacio físico de la casa:

1. Las partes de la casa.
2. Las cosas de la casa.
3. Los seres que habitan la casa.

LAS PARTES DE LA CASA

Existen diversos sistemas generados a partir de la espiritualidad popular, que mantienen una vinculación establecida por la tradición a ciertas partes de la casa, tanto del interior como del exterior:

El exterior. En gran medida se trata de accesos a la vivienda, y de ahí que se intente reforzar su capacidad protectora:

Tejado o cubierta. Se asocian al tejado –acaso por su situación de apertura al mundo celeste– ciertos ritos y creencias. En las matanzas, se arroja al tejado la hiel del cerdo para evitar goteras. Cuando hay tormenta, se arrojan al tejado unas piedrecitas que se recogen el Viernes Santo y que logran evitar la caída de rayos. También el tejado es el receptor de los dientes de leche que se le caen al niño y que éste arroja a su regazo –previa ejecución de un rito con conjuro incluido– para asegurar una buena dentición.

Chimenea. Su apertura constante al exterior la convierte en un acceso fácil hacia la

vivienda. Por ello, solía trazarse, en el interior, una cruz sobre la ceniza de la lumbre, antes de irse a la cama la familia o se hacía con las tenazas abiertas, de modo que hubiese una barrera de acceso para brujas y espíritus malignos.

Puerta. El acceso principal a la casa –la puerta– muestra claros referentes a ese universo espiritual encauzado hacia la protección: cruces y detentes, sobre todo. La puerta es también el lugar por el que accede la enfermedad, transferida deliberadamente por el doliente a través de un rito¹⁴.

Ventanas. El ramo bendito del Domingo de Ramos suele sujetarse a la ventana, para evitar la entrada de brujas y la caída de rayos. Los balcones presentan en Salamanca también ramos de negrillo cogido el día de Santa Cruz (Tardáguila) o de olmo (Valverdón). La ventana, a su vez, comunica al ser humano con la vida de ultratumba. Por ello, al tiempo de morir, se abren las ventanas, para que el alma del difunto pueda viajar más rápidamente a su nuevo destino.

Dependencia anejas para los animales. Las construcciones próximas a la vivienda, donde se refugian los animales domésticos, presentan también el empleo de elementos protectores: *dóminas* en los agujeros de las paredes o la puerta de la cuadra, tijeras abiertas en cruz en el nidal del gallinero para evitar que los huevos que incubaba la gallina *güera* o clueca no se *atruenen*, es decir para que no se interrumpa su proceso de incubación.

El interior. El interior de la casa acoge una espiritualidad con fines de índole muy simi-

lar a la del exterior. Dos son, a mi entender, las estancias principales de la casa en cuanto a la carga de creencias asociadas a ellas:

Las estancias para dormir (cuartos y alcobas), ya que el sueño desarma al ser humano, dejándole indefenso y a merced de cualquier influencia negativa. Por ello, estos lugares se sobrecargan de decoración de significado religioso.

La cocina, principalmente el **hogar** o, mejor, la lumbre, puesto que será el significado de *lumen* ('luz'), la que tendrá una implicación decisiva en la espiritualidad que rezuma la tradición popular. Al amor de la lumbre se transmitía, en las largas veladas del invierno, la sabiduría amontonada en la herencia familiar; por ello, la lumbre ejercía de Creador que al pronunciar su *fiat lux* lograba iluminar la ignorancia, alumbrar las tinieblas que forma el desconocimiento de las cosas. El Marqués de Santillana colectaba en el siglo XV los *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* en la primera compilación



paremiológica en castellano, y todos sabemos que el refrán es la quintaesencia de la sabiduría popular.

También la luz de la lumbre ejerce un poderoso efecto de protección. Junto al fuego del hogar se transmiten los mitos antiguos, poblados frecuentemente se seres imaginarios que podrían materializarse. La lumbre aleja esta posibilidad y hace que la transmisión del mito se realice con seguridad¹⁵.

Finalmente el fuego ha alimentado otras creencias: no debe dejarse apagar nunca, pues da mala suerte; al fuego se pone a quemar un tronco en Nochebuena, para guardarlo y arrimarlo de nuevo a la lumbre cuando hay tormenta; el fuego es un incensario que purifica los malos aires y espanta el nublado con el humo del tomillo del Corpus; al fuego se arrojan tantos granos de sal como verrugas se posean para, de este modo, borrarlas de la epidermis.

LAS COSAS DE LA CASA

Dentro de la casa el mobiliario y los distintos enseres pueden también contarnos mucho del mundo interior de quien está en contacto diario con ellos.

A los espejos, por ejemplo, se les atribuye una cierta capacidad de obrar prodigios: reflejan el espíritu de un difunto –por ello, se vuelven contra la pared cuando alguien muere–, permiten adivinar la identidad de alguien, reflejando su rostro, pero también son instrumento de desgracia; cuando se rompe uno, acarrea un número impar de años (siete o nueve normalmente) de desgracia o mala suerte.

De la misma manera que las dependencias de la casa asociadas al descanso, también el mobiliario para dormir suele acumular objetos con un valor simbólico-protector: escapularios, *evangelios*, cruces de todo tipo... Bajo el colchón se colocaban tijeras abiertas en forma de cruz. La cuna sufre también la misma acumulación de amuletos y talismanes. Junto a esta práctica existían otras creencias: si una soltera mecía una cuna vacía nunca se casaría; en una cuna donde hubiera muerto un niño no debería acostarse ninguno otro.

También algunos enseres se relacionan con creencias: la mano del mortero es utilizada por la bruja para transmitir sus poderes¹⁶, la escoba invertida tras una puerta permite constatar la identidad de una bruja o aliviar de una visita pesada, un cedazo permite diagnosticar un mal de ojo.

LOS SERES QUE HABITAN LA CASA

Finalmente, en este triple perfil que nos ofrece la espiritualidad popular por medio de las creencias, llegamos a los seres que pueblan la vivienda. Aquí, es preciso hacer una doble división:

Seres materiales

Personas. Aunque, en definitiva, toda espiritualidad tiene como referente la persona, la propia subsistencia del individuo genera un mundo de creencias particular, entre las cuales, ocupan un lugar preeminente todas aquellas que tiene que ver con la salud. Es decir, nos topamos con la medicina popular, o, al menos, aquella parte en la cual interviene de manera fundamental la espiritualidad. Remedios religiosos y mágico-supers-

ticiosos¹⁷, tanto para prevenir, como para diagnosticar y tratar las enfermedades ocupan buen parte de la actividad cotidiana dentro de la casa. Para evitar el dolor de cabeza, se guardará o se llevará encima una piña de ciprés del cementerio¹⁸; para curar la erisipela se colgará al cuello una cabeza de víbora¹⁹. Al tiempo que el propenso al dolor de muelas guarda una cuerda con trece nudos, procurará recordar y activar la devoción a santa Apolonia.

El santoral sanitario es fecundo y en él se proyecta el devocionario popular con su panteísmo evidente: Santa Casilda, *divinidad* menor para mujeres estériles, santa Bárbara y san Bartolomé para las tormentas, santa Librada y san Ramón Nonato para las parturientas, santa Águeda para las enfermedades de los pechos de la mujer, san Blas para las gargantas, y tantos otros *santos sanadores*²⁰.

Animales domésticos. Si resulta voluminoso el *vademécum* popular, no le anda a la zaga el que se refiere a la veterinaria. Habida cuenta de la importancia que adquieren los animales domésticos en cualquier economía de subsistencia de tipo campesino, no puede extrañarnos que la tradición popular convierta al hombre de nuestros pueblos en un veterinario de urgencia, curiosamente con un porcentaje de aciertos en sus tratamientos muy considerable. La cuadra, la pocilga y el gallinero serán las construcciones anejas a la casa que serán testigos de la práctica de estos conocimientos, entre los cuales, los de carácter espiritual se equiparan en número y “eficacia” a los de tipo

natural. Los conjuradores del ganado –sobre todo de los cocos– siguen siendo muy respetados entre nuestros ganaderos.

Seres inmateriales

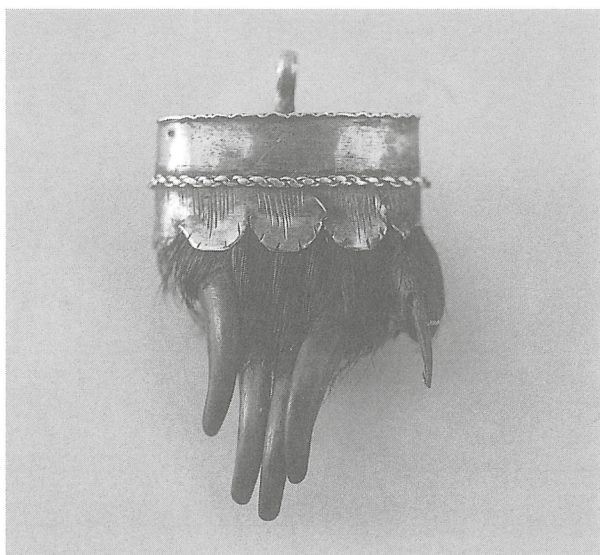
Junto a las personas y los animales domésticos, también habitan la casa, generados por la espiritualidad popular, seres que forman parte de la vivienda junto a otros que sólo tienen contacto ocasional con ella.

Habitantes de la casa. En este variado grupo incluimos,

- Los **duendes**: Son espíritus traviesos que suelen limitarse a descolocar las cosas o a hacer ruidos intempestivos.



- Los **fantasmas**: Son menos comunes en la tradición popular de esta tierra, aunque se reconoce su existencia implícitamente. Por ejemplo, una broma de la noche de Todos los Santos –noche del 1 al 2 de noviembre– era disfrazarse de fantasma. Se considera que los fantasmas son espíritus de difuntos que penan permaneciendo vinculados a un lugar, habitualmente una casa.
- Las **ánimas despertadoras**: Normalmente las *ánimas* –en plural– no suelen encontrarse alojadas en una vivienda. Sin embargo, se mantiene vigente una creencia que aunque no sobreentiende necesariamente que las ánimas habiten la casa, sí parece que, por lo menos, las considera omnipresentes. Según esta creencia, si queremos despertarnos a una hora determinada y no tenemos un despertador u otro sistema para hacerlo, podemos encomendarnos a las benditas ánimas del purgatorio, y ellas lo harán puntualmente. Curiosamente, se especifica que se trata de ánimas benditas, para diferenciarlas claramente de otras clases de ánimas.



Visitantes de la casa. Manteniendo un contacto esporádico con la casa, pero en cualquier caso, asociados a la misma, encontramos:

- Las **brujas**: Aunque se trata de seres de carne y hueso –la tradición salmantina y la de toda la región recoge buena muestra de casos de personas con nombres y apellidos²¹–, algunos perfiles de su personalidad y sus comportamientos –por ejemplo el acceso a las viviendas– podrían incluirla en este grupo. La mayor parte de los sistemas de protección de la casa y de la persona tiene como motivador este personaje, ya que la brujería es la cosmovisión negativa popular por excelencia, hasta el punto de llegar a suplantar el personaje de la bruja al mismo demonio en la tradición española. A veces, en lugar de hacer referencia explícita a las brujas, se habla de *espíritus malignos*.
- **Ánimas visitadoras**: Cuando un difunto ha dejado algo inconcluso, una promesa pendiente o bien sus herederos directos incumplen algún compromiso con el finado, suele regresar para reclamar a la casa bajo el aspecto de *ánima en pena*.
- **Otros seres inmateriales**: Pese a que la tradición les supone cierta materialidad, nadie los ha visto jamás, de modo que la falta de pruebas nos obliga a incluirlos en este grupo.
 - **Culebrones**: especie de sierpes que en contacto con la ropa tendida cerca de la casa, provocan el *culebrón* o herpes zoster en quien se la pone sin planchar.
 - **Seres para asustar a los niños**: el coco, el tío del Sebo –también el *sacaúntos*–, el tío

del saco, el tío Camuñas o el hombre de pez son todos personajes cuya visita a la casa es una amenaza para los niños que no comen o no quieren irse a la cama o no obedecen a los padres...

LAS ACTIVIDADES DENTRO DE LA CASA

El desarrollo de ciertas actividades en el ámbito doméstico también se ve condicionado por una espiritualidad que impulsa una serie de creencias.

Probablemente las actividades directamente relacionadas con la alimentación de las personas son las que acumulan un mayor número de estas creencias. Analicemos tres ejemplos:

La matanza. Uno de los ritos invernales más cargado de significados de tipo tradicional es éste de la muerte del cerdo. Probablemente la repercusión tan decisiva que la matanza tenía en la alimentación, o, al menos, en aquélla que se asociaba a determinadas tareas del campo, hacen de ésta una ceremonia en la que la solidaridad es sólo uno de los múltiples significados simbólicos que encierra. *Bailar las morcillas* para evitar que se caiga el embutido, trazar una cruz sobre la sangre del cerdo o sobre el adobo antes de enfusar para que cure bien o las múltiples bromas que enmascaran antiguas creencias –la broma de colocar una *zabumaza* en la casa de matanza, por ejemplo, que implica una voluntad preventiva– son buena muestra de este conjunto de creencias a que me refiero.

El pan. Para la alimentación tradicional el pan es un elemento básico. Este valor, unido

al simbolismo que le otorga la religión cristiana, hace que en torno al pan existan diversas creencias. La fabricación del pan dentro de la casa fue algo común, como delatan todavía algunos hornos que sobreviven en la arquitectura tradicional. “Santa Marina, que crezca el pan y la harina. san Marcos y san Ramón que le pongan el calor” o “Dios te bendiga y te abonezca de buen calor, de buen sabor, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén, Jesús”²² son algunas de las oraciones-conjurios que se empleaban para asegurar la cochura del pan. Junto a esta práctica, se creía que poner el pan hacia abajo daba mala suerte, que no se debía pinchar y que cuando se caía al suelo, había que cogerlo y besarlo.

La mesa. La alimentación cotidiana en torno a la mesa también estaba rodeada de creencias que condicionaban los comportamientos. Derramar la sal sobre la mesa da mala suerte²³; en cambio, el vino significa alegría; el cubierto no debe cruzarse en la mesa porque es de mal agüero. Para unos, que les toque el laurel en el plato es señal de mala suerte –la tajada *de los empujones*– y para otros, en cambio, de buena –la tajada *eclesiástica* o *de la cocinera*–.

Finalmente, dentro de la casa, cuando se nos cae un objeto de las manos puede interpretarse como que alguien se acuerda de nosotros. El nombre de la persona que nos recuerda comenzará por la misma letra del nombre del objeto que se nos ha caído. Otras actividades domésticas no relacionadas con la alimentación también recurren a

la presencia de la espiritualidad: han de cortarse las uñas y el pelo en los días de la semana sin “r”; cuando zumban los oídos, alguien habla de nosotros: si zumba el derecho, habla bien; si es el izquierdo, mal; en ese caso decimos “Si es pa’ bien, que me miente; si es pa’ mal que reviente”, o bien, mordemos la punta de la lengua, para que le ocurra lo mismo al que malhabla de nosotros.

LA CASA COMO CENTRO DE FORMACIÓN ESPIRITUAL

La casa y la familia son el núcleo primigenio de la formación del individuo. La casa, pues, se convierte también en un espacio apropiado para la formación espiritual.

LA FORMACIÓN RELIGIOSA

Es en la casa y a través de la familia –la división de funciones de acuerdo con el *género* y la edad es esencial–, como el niño tiene acceso a las creencias y los instrumentos de la religión. Las primeras oraciones suelen ser enseñadas al niño por la abuela²⁴ y suele ser ella también la que le inicia en los rudimentos de la *historia sagrada*.

Este aprendizaje religioso se proyecta en el lenguaje y algunos de sus recursos expresivos, como las locuciones, en los cuales los referentes religiosos –aunque lexicalizados– suelen ocupar lugar de honor: “ir algo a misa”, “comulgar con ruedas de molino”, “estar de Dios algún suceso”. También en el refranero sucede algo similar: “Al que madruga, Dios le ayuda”, “A Dios rogando y con el mazo dando”, “A quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga”, “Cada uno en su

casa y Dios en la de todos”. Simples fórmulas de saludo y despedida familiares incorporan a Dios, como seña de calidad educativa: “Buenos días, nos dé Dios”, “Hasta mañana, si Dios quiere”.

Pero el aprendizaje religioso se interioriza, familiarizándose en su sentido más literal. La casa se convierte, así, en una especie de capilla del culto familiar, acogiendo de manera singular ciertas devociones populares que son evidencia de la repercusión comarcal, local o simplemente familiar de algunas advocaciones: Santo Cristo de Cabrera, de la Laguna o de Hornillos; Nuestra Señora de la Peña de Francia, de Valdejimena o del Cueto, sólo por mencionar las más señaladas en la provincia de Salamanca.

También en esta iniciación al devocionario popular, surgen a veces implicaciones *dudosas* de algunos santos. San Antonio de Padua, por ejemplo, es el abogado de las cosas y causas perdidas. Por ello, además de contar con la devoción asegurada de las madres obsesionadas por la soltería de sus hijas, dispone de una aplicación muy doméstica de sus “virtudes”; cuando algo no se encuentra, se recurre al responso o *responsorio* de san Antonio “Si buscas milagros, mira, muerte y amor desterrados...” con la convicción de que no ha de defraudar el santo y ayudará a localizar lo extraviado.

USO LITÚRGICO

En la casa se representa una liturgia perfectamente diseñada por el uso y la costumbre.

Liturgia de la vida y la muerte. La casa es el escenario principal en el que se representa el curso vital. La experiencia crítica del parto era soportada por la mujer sin otra ayuda que la de la *partera* o *partolera* y aquellos usos que la tradición pone a su merced: una rosa de Jericó que iba abriéndose a la par que el parto avanzaba hasta culminar en el nacimiento de la criatura. El ceremonial de visitas al niño y a la madre es una forma más de liturgia, cuyo manual de uso lo proporciona la tradición oral.

Cuando se acerque la boda, la casa será también el marco que acogerá la enhorabuena y su simbólica liturgia social de mentiras y verdades, de exhibición y reconocimiento, de envidia contenida y de admiración secreta. La noche de bodas, la alcoba nupcial era testigo en tierras leonesas de la Cabrera de una liturgia encaminada a la exorcización de los demonios de la esterilidad²⁵.

Finalmente, la casa acogerá la despedida al difunto en el velatorio y, previamente, la peculiar liturgia precautoria de cerrarle los ojos para que no “se lleve” a alguien con él o amortajarle concluyendo con la colocación de la *Bula de la Santa Cruzada* sobre el rostro, para ser enterrado con ella. Todo ello –y aún más– demuestra las creencias relativas a la vida de ultratumba²⁶.

Liturgia mántica. Desvelar lo desconocido adivinando el futuro es algo que desde antiguo ha fascinado al ser humano. Ya la religión romana oficial –la de la *urbs* y los grandes templos– practicaba una lucha desigual contra las *mancias* que en la época clásica

eran de una de las formas de proyección de la espiritualidad popular más pujantes. La casa acoge y ampara en la tradición popular algunas creencias y prácticas heredadas de aquella religión heterodoxa, secreta y paralela a la oficial, de aquella antigua *mantiké*²⁷.

- Prácticas amorosas la noche de san Juan, previendo un futuro novio sobre un balde de agua a las doce en punto de la noche.

- Prácticas elementales de planificación familiar, pelando una pieza de fruta con cuidado de que salga toda la piel de una sola pieza; arrojándola después al suelo para poder de esta forma saber anticipadamente el número de hijos que se va a tener.

- Prácticas para saber el sexo del feto durante el embarazo, arrojando a la lumbre una espina de sardina. Si ésta salta, será varón; en caso contrario, hembra.

- Prácticas para conocer un número afortunado, introduciendo una lagartija de dos rabos en una caja con arena o ceniza y dejándola el tiempo suficiente para que el animal lo escriba.

Finalmente, fuera de toda liturgia –al menos de la consciente– pero sin alejarnos de las *mancias*, debemos dejar un espacio para aquellas artes adivinatorias de la tradición oral que –practicándose en el interior de la vivienda– se relacionan con la semántica onírica²⁸. En la cultura tradicional ciertos sueños recurrentes son interpretados como mensajes cifrados: soñar con agua significa buena suerte; soñar con toros significa que

va a llover; cuando soñamos que alguien muere –según creencia popular–, le estamos alargando la vida o bien, significa que tendremos noticias de alguien²⁹.

LA ESPIRITUALIDAD POPULAR: UNA CUESTIÓN DE GÉNERO

La práctica de esta espiritualidad popular que planta sus reales en la casa suele ser de tipo rutinario e inconsciente –tanto en su vertiente religiosa como en la mágica–, pero además se decanta claramente en cuanto al género.



En general la cultura tradicional de tipo espiritual suele más “cosa de mujeres” que de hombres, en tanto que la de tipo material manifiesta una vocación más masculina. Por ello, será la mujer la que *oficie* en lo referente a la espiritualidad popular, en tanto que el hombre es más pasivo y gusta de asistir como espectador, asumiendo como parte de la *norma* consuetudinaria ésta como una más de las numerosas atribuciones *genéricas* de la sociedad tradicional.

TABÚES

Una de las especias universales con las que se condimenta la espiritualidad es el tabú. La sacralización de espacios, tiempos y seres comporta la prohibición. Por ello es frecuente que la mentalidad tradicional primitiva, tan espiritualizada, haya alimentado tabúes antiguos conservando su identidad o bien, cristianizándolos.

De la primera clase son los más importantes de cuantos se circunscriben a la vivienda, y tienen, curiosamente, signo femenino³⁰.

Existen dos estados temporales de la mujer, cuya característica esencial es el tabú. La menstruación, muy principalmente, y el embarazo–cuarentena en segundo lugar, mantienen a la mujer constreñida por consejos y exigencias respecto de su comportamiento.

Que la menstruación es conceptualizada como un estado de impureza en la mujer es algo que ya los clásicos defendían, añadiendo además que el menstuo delataba la inferioridad femenina. Ese estado de impureza imprime negatividad a todas sus actividades

y a cuanto entre en contacto con ella. Por ello, no debe acceder a las bodegas, pues puede picarse el vino; no debe regar plantas, pues se secan; no debe intervenir en las matanzas, pues el embutido no se cura...

En la mujer embarazada, el estado es más prolongado y se extiende hasta la superación de la *cuarentena*. Realmente el estado de normalidad –pureza– sólo se alcanza tras la “salida a misa”, fin oficial y sagrado del estado de impureza que comienza con la concepción. En este tiempo, la embarazada ha de cuidar su actividad y su alimentación porque ambas marcarán al feto. La permanencia en la memoria y la consciencia colectiva de los antojos –deseos súbitos de la embarazada, la mayor parte de ellos alimentarios, cuyo incumplimiento provoca en la piel del niño manchas pigmentarias con forma idéntica a lo antojado– tiene seguramente relación con los tabúes y la creencia en el estado de impureza de la mujer grávida.

Además de éstos, existen otros tabúes aunque no tan claramente marcados por una identidad de *género*. Tabúes que forman parte del rito mágico –el niño que arroja los dientes de leche al tejado, *no puede* mirar hacia atrás–, o transmiten un mensaje religioso–ecológico –*no puede* matarse las golondrinas porque le quitaron las espinas de la corona a Cristo en la cruz–.

El tabú establece las reglas del juego del *género*, la distribución de funciones o papeles entre hombres y mujeres. En lo referente al varón, la no transgresión del tabú, es decir el respeto a las funciones y lugares

específicos de la mujer garantiza una maduración exenta de riesgos de pérdida de identidad sexual. Al niño que entraba en el territorio “femenino” de la cocina y “andaba entre pucheros”, se le amenazaba: “¡Se te va a caer el pito!”

No creo necesario insistir más en la evidencia: la espiritualidad forma parte de la vida cotidiana, y esta vida se desarrolla principalmente dentro de la vivienda. Por ello, espiritualidad y vivienda han de ir y van estrechamente vinculadas dentro de la sociedad tradicional.

NOTAS

¹ MURENA, H.A. *La metáfora y lo sagrado*. Ed. Alfa. Barcelona, 1984, p. 9.

² DURAND, Gilbert. *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Taurus. Madrid, 1981. p. 339.



³ Se puede ver el desarrollo del mito en GONZÁLEZ, Lucio. “Leyenda del Teso Torrubio”, *Hojas Folkloricas*. Núms. 13 y 14. Centro de Estudios Salmantinos. Salamanca, 1952.

⁴ Ver en BLANCO, Juan Francisco. “Leyendas potrosas”, *Vado la Viña* (Revista de la Asociación Cultural “Val de la Viña” de Villar de la Yegua), nº 13. 199, p. 12.

⁵ La culpa de la mujer reactualiza aquí el mito bíblico del *pecado original*. Invito a reflexionar sobre la trascendencia del castigo, que para la mujer supone una “condena perpetua” a verse rechazada o, cuando menos despreciada, por su condición de *machorra*, en un tipo de sociedad cuya mentalidad traza para la mujer adulta un único *iter* existencial: el del matrimonio y la maternidad.

⁶ Ver BLANCO, Juan Francisco. *Brujería y otros oficios populares de la magia*. Ámbito. Valladolid, 1992, pp. 131-167.

⁷ Estos *evangelios* consisten en una bolsita cerrada -antiguamente de tela bordada y hoy de plástico termoestampado o, como mucho, escuetamente pintado a mano- en la que se incluye una o varias hojitas de papel con el comienzo del evangelio de san Juan.

⁸ Se imprimían ediciones de la regla de esta orden en formato muy pequeño para poder guardar en una bolsa de tela o de cuero.

⁹ Se trata de unas hojas impresas con la cruz de san Benito y ciertos exorcismos, que se aplicaban como protección de personas y animales contra las brujas.

¹⁰ La *zabumaza*, *zabumaque* o *zambulerio* -recibe también otros nombres en la provincia de Salamanca- es un sahumerio maloliente que consiste en quemar en un recipiente ingredientes como azufre, estiércol y pelo de animales, lo cual provoca una humareda oscura.

¹¹ Empleo aquí el término con el sentido que se le otorga desde la arquitectura literaria. El recurso de la *muñeca rusa* consiste en incluir una historia en otra y ésta en otra, y así sucesivamente, a modo de las muñecas rusas que todos conocemos.

¹² Ver algunos casos reales en los siglos pasados en BLANCO, Juan Francisco. *Brujería y otros oficios...* pp. 238-255.

¹³ Este significado no resulta tan metafórico como pudiera pensarse, dado que la necesidad del individuo de recuperar el útero materno, se manifiesta en gestos espontáneos como la postura fetal que adopta la persona cuando quiere defenderse, o en momentos de reposo, como el sueño.

¹⁴ Un rito para eliminar verrugas y sabañones: el aquejado del mal se dirige a casa de un vecino, llama a la puerta y cuando responden desde dentro, se dice:

“Sabañones (o, en su caso, verrugas) traigo, sabañones vendo; aquí los dejo y me voy corriendo”.

Tras de lo cual, y sin mirar atrás, se vuelve a su casa. Si logra entrar antes de que el vecino salga, se consigue la transferencia del mal. Este tipo de terapia de transferencia era practicada ya por algunos médicos de la época romana.

¹⁵ Es casi una precaución universal contar los cuentos de hadas, poblados siempre de seres prodigiosos:

“junto al hogar y con la puerta y ventanas cerradas”.

Ver Cooper, J.C. *Cuentos de hadas. Alegorías de los mundos internos*. Ed. Sirio. Málaga, 1986, p. 11.

¹⁶ Ver BLANCO, Juan Francisco. *Brujería y otros oficios...* pp. 169-171.

¹⁷ Ver BLANCO, Juan Francisco (Dir.). *Medicina y veterinaria populares en la provincia de Salamanca*. Centro de Cultura Tradicional. Salamanca, 1985. pp. 9-10.

¹⁸ *Op cit.* p. 38. Es creencia de Pedrosillo el Ralo.

¹⁹ *Op. cit.* p. 45. Es creencia de Retortillo.

²⁰ Ver *Santos Sanadores*. Ciba Sociedad Anónima. Barcelona, 1948.

²¹ Puede consultarse toda la primera parte de BLANCO, Juan Francisco, *Brujería y otros oficios...*

²² BLANCO, Juan Francisco (Dir.). *Prácticas y creencias supersticiosas en la provincia de Salamanca*. Centro de Cultura Tradicional. Salamanca, 1985, pp. 72-73.

²³ En cambio se le atribuye a la sal un poder defensivo notable, trazando con ella cruces, por ejemplo, a la puerta de la casa. Para ésta y las creencias que siguen ver *Op. cit.*, pp. 62 -63.

²⁴ En esta sociedad cada vez más secularizada, esta costumbre ha quedado abandonada, provocando el lamento de la Iglesia Católica que asiste a un distanciamiento cada vez más evidente, a un desinterés claro de las familias por la formación religiosa de los hijos, a pesar de que la “norma social” todavía contemple las ceremonias religiosas de *paso* (bautizo, primera comunión y boda), como imprescindibles para recibir el refrendo grupal.

²⁵ Lo recoge CASAS GASPAR, Enrique. *Costumbres españolas de nacimiento, noviazgo, casamiento y muerte*. Escélicer. Madrid, 1947, p. 19. El rito era practicado por el padre y la madre de la novia. El primero barre con una retama hacia afuera de la alcoba, diciendo:

“Bicho malino, fuera de aquí, que el agua bendita va trai de ti”.

La madre, al mismo tiempo, hace aspersiones de agua bendita sobre las cabezas de los recién desposados, usando como hisopo una espiga de trigo y recitando: “Que prenda, Virgencita del Carmen, que prenda.”

²⁶ Ver BLANCO, Juan Francisco (Ed.). *Usos y costumbres de nacimiento, matrimonio y muerte en Salamanca*. Centro de Cultura Tradicional. Salamanca, 1986, pp. 175-183.

²⁷ No es conveniente que olvide el lector el origen mítico de Salamanca, la antigua *Helmantiké*; aplíquese el cuento el lector: es ésta una tierra propensa a todas estas artes.

²⁸ Empleo aquí *semántica* en su sentido más puramente etimológico: la adivinación de un mensaje transmitido a través de los sueños, mediante la aplicación de unas claves interpretativas objetivadas por la tradición.

²⁹ “Soñar con muertos, saber de vivos”, dice un refrán por Salamanca.

³⁰ Remito al lector interesado en profundizar en el tabú, sus tipos y significados al clásico de Sigmund Freud, *Tótem y tabú*. Alianza Editorial. Madrid, 1980. Ver capítulo segundo, pp. 29 y ss.

la casa



un espacio para la tradición

Es el resumen de las ponencias presentadas en el
II SEMINARIO DE FOLKLORE
Y CULTURA TRADICIONAL
foro pedagógico y divulgativo que se inauguró
con un tema evidentemente material,
aunque no menos concelutal,
como es el de la principal tipología arquitectónica,
siendo estudiada desde algunas perspectivas
que en ella confluyen.

El techo de Europa Artes Gráficas, S. A.
cobijó su proceso de impresión,
concluyendo éste el 25 de Noviembre de 1997,
con Santa Catalina de Alejandría
como protagonista del calendario, cuyo martirio
se cuenta y se canta en romances infantiles.





La casa es algo más que un espacio físico
con identidad arquitectónica,
la casa es el lugar por el cual discurre la vida día a día,
dejando una huella en los enseres y objetos que la amueblan
y en las personas que la habitan.
La casa es también testigo de las relaciones
y los quehaceres humanos,
y en ella las personas cobijan sus inquietudes
y su mundo interior.



**DIPUTACIÓN
PROVINCIAL
DE SALAMANCA**

Centro de Cultura Tradicional

Una fotografía de un tejado de piedra con un filtro rojo. El tejado está hecho de piedras irregulares y tiene una estructura de madera visible. El fondo es un cielo rojo sólido.

**SEMINARIOS DE FOLKLORE
Y CULTURA TRADICIONAL**